SAMANTA SCHWEBLIN

la respiración cavernaria

Ilustrado por Duna Rolando

PÁGINAS DE ESPUMA

SAMANTA SCHWEBLIN

la respiración cavernaria

Ilustrado por Duna Rolando

PÁGINAS DE ESPUMA

Samanta Schweblin

la respiración cavernaria

Ilustrado por Duna Rolando

Samanta Schweblin, La respiración cavernaria

Primera edición: octubre de 2017

ISBN epub: 978-84-8393-606-1

IBIC: FYB

© Samanta Schweblin, 2017

© De las ilustraciones, Duna Rolando, 2017

© De esta portada, maqueta y edición:

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Colección Voces / Literatura 247

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

Editorial Páginas de Espuma

Madera 3, 1.º izquierda

28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51

Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

La lista era parte de un plan: Lola sospechaba que su vida había sido demasiado larga, tan simple y liviana que ahora carecía del peso suficiente para desaparecer. Había concluido, al analizar la experiencia de algunos conocidos, que incluso en la vejez la muerte necesitaba de un golpe final. Un empujón emocional, o físico. Y ella no podía darle a su cuerpo nada de eso. Quería morirse, pero todas las mañanas, inevitablemente, volvía a despertarse. Lo que sí podía hacer, en cambio, era organizarlo todo en esa dirección, aminorar su propia vida, reducir su espacio hasta eliminarlo por completo. De eso se trataba la lista, de eso y de mantenerse focalizada en lo importante. Recurría a ella cuando se dispersaba, cuando algo la alteraba o la distraía y olvidaba qué era lo que estaba haciendo. Era una lista breve:

Clasificarlo todo.

Donar lo prescindible.

Embalar lo importante.

Concentrarse en la muerte.

Si él se entromete, ignorarlo.

La lista la ayudaba a lidiar con su cabeza, pero para el estado deplorable de su cuerpo no había encontrado ninguna solución. Ya no aguantaba más de cinco minutos de pie, y no solo luchaba con sus problemas de la columna. A veces, su respiración se alteraba y necesitaba tomar más aire de lo normal. Entonces inhalaba todo lo que podía, y exhalaba con un sonido áspero y grave, tan extraño que nunca terminaría de asimilar como propio. Si caminaba a oscuras en la noche, de la cama al baño y del baño a la cama, el sonido le parecía el de un ser ancestral respirándole en la nuca. Nacía en las profundidades de sus pulmones y era el resultado de una necesidad física inevitable. Para disimularlo, Lola sumaba a la exhalación un silbido nostálgico, una melodía entre amarga y resignada que había ido asentándose poco a poco en ella. Lo importante está en la lista, se decía a sí misma cada vez que el desgano la inmovilizaba. Todo lo demás, le daba igual.

Desayunaban en silencio. Él preparaba todo y lo hacía del modo que a Lola le gustaba. Tostadas de pan integral, dos frutas cortadas en trozos pequeños, mezclados y vueltos a dividir en una porción para cada uno. En el centro de la

mesa el azúcar y el queso blanco; junto a la taza de café de ella, el dulce de naranja bajo en calorías; junto al café de él, el dulce de batata y el yogur. El diario era de él, pero las secciones de salud y bienestar eran para ella y estaban dobladas junto a su servilleta, para cuando terminara de desayunar. Si ella lo miraba con el cuchillo de untar en la mano, él le acercaba el plato con tostadas. Si ella miraba fijamente alguna zona particular del mantel, él la dejaba estar, porque sabía que algo más estaba pasando, algo en lo que él no podía meterse. Ella lo miraba masticar, sorber el café, pasar las páginas del diario. Le miraba las manos ya tan poco masculinas, blancas y finas, las uñas limadas con prolijidad, el poco pelo que le quedaba en la cabeza. No llegaba a grandes conclusiones ni tomaba decisiones al respecto. Solo lo miraba y se recordaba a sí misma datos concretos que nunca analizaba: «hace cincuenta y siete años que estoy casada con este hombre», «esto es mi vida ahora». Cuando terminaban el desayuno llevaban las cosas hasta la pileta. Él le acercaba el banco y ella lavaba sentada. Era un banco que le permitía apoyar los codos sobre la bacha, así que casi no debía encorvarse. Él se hubiera ocupado de los platos sin problema, pero ella no quería deberle nada, y él la dejaba hacer. Lola lavaba despacio, pensando en el cronograma de la televisión de ese día y en su lista. La llevaba doblada en dos en el bolsillo del delantal de la cocina. Si estaba desplegada, una cruz blanca se dibujaba en el centro del papel. Sabía que pronto empezaría a romperse. A veces, en días como ese, Lola necesitaba más tiempo, terminaba de lavar y no se sentía preparada para continuar con el resto del día, así que repasaba un rato la mugre que se juntaba entre el metal y el plástico de las cucharas pequeñas, las piedras de azúcar húmeda en la tapa de la azucarera, la base oxidada de la pava, el sarro alrededor de la canilla.

También, a veces, Lola cocinaba. Él le llevaba el banco hasta la cocina y disponía todo lo que ella pidiera. No es que ella no pudiera moverse, podía hacerlo si algo importante lo justificaba, pero desde que la columna y su agitación lo hacían todo tan difícil, ahorraba esfuerzos para los momentos en los que él no pudiera ayudarla. Él se ocupaba de los impuestos, del jardín, de las compras y de todo lo que sucedía puertas afuera. Ella hacía una lista —otra lista, la de las compras—, y él se limitaba a eso. Si faltaba algo debía volver a salir, y, si sobraba, ella preguntaba qué era y cuánto había costado.

A veces él compraba chocolatada, venía en polvo para preparar con leche, como la que tomaba su hijo antes de enfermarse. El hijo que habían tenido no había llegado a pasar la altura de las alacenas. Había muerto mucho antes. A pesar de todo lo que se puede dar y perder por un hijo, a pesar del mundo y de todo lo que

hay sobre el mundo, a pesar de que ella tiró de la alacena las copas de cristal y las pisó descalza, y ensució todo hasta el baño, y del baño a la cocina, y de la cocina al baño, y así hasta que él llegó y logró calmarla. Desde entonces él compraba la caja más chica de chocolatada, la de doscientos cincuenta gramos, la que viene en un envase de cartón, aunque no sea la opción más económica. No estaba en las listas, pero era el único producto sobre el que ella no hacía comentarios. Guardaba la caja en la alacena superior, detrás de la sal y las especias. Era cuando descubría que la caja que había guardado un mes atrás ya no estaba. Nunca lo veía usar la chocolatada en polvo, en realidad, no sabía cómo terminaba acabándose, pero era un tema sobre el cual prefería no preguntar.

Comían productos sanos, elegidos atentamente por Lola frente al televisor. Todo lo que desayunaban, almorzaban o cenaban había tenido alguna vez su publicidad anunciando vitaminas, bajas calorías o ausencia de ingredientes transgénicos. Las pocas veces que ella le encargaba un producto nuevo lo buscaba después entre todas las bolsas, y lo estudiaba junto a la ventana, a la luz natural. Estaba al tanto de qué debía o no contener un producto sano. Había buenos médicos y nutricionistas alertando de esto a la gente por televisión, como el doctor Petterson del programa de las once. Si Lola encontraba algo sospechoso o contradictorio en las publicidades, llamaba al número de atención al cliente y pedía hablar con algún responsable. Una vez, a pesar de que con sus quejas no logró que la empresa le devolviera su dinero, recibió al día siguiente una caja con veinticuatro yogures de crema y durazno. Ya habían comprado los yogures para esa semana y las fechas de vencimiento le parecieron demasiado cercanas. Abría la heladera, veía los yogures y la angustiaba la cantidad de espacio que ocupaban. No se los comerían a tiempo, se echarían a perder y no sabía qué hacer con ellos. Se lo comentó varias veces a él. Le explicó las complicaciones esperando que él entendiera que había que hacer algo al respecto, algo que ya no estaba a su alcance. Una tarde el problema la sobrepasó. No sucedió nada en particular, simplemente entendió que ya no podría abrir la heladera y ver que los yogures seguían ahí. Merendó café solo, y aunque más tarde se sintió secretamente avergonzada por el enojo, todavía la indignaba no tener expectativas de ningún tipo de solución, ningún recurso propio para luchar. Cuando al fin él se llevó los yogures, ella no preguntó nada. Movió un banco hasta la heladera, donde trabó la puerta abierta y, sentada, silbando apenas en los movimientos bruscos para disimular los ronquidos de su respiración, aprovechó para limpiar los estantes y reorganizar un poco las cosas que quedaban.

ALTIVIA
0%
SALUD Y NUTRICION CON EL DR. PETTERSON
DE LUNES A VIERNES 11.00 - 11 30 HS

No solo estaba lo que sucedía en los noticieros, ella podía saber mucho del mundo desde la ventana de la cocina. El barrio se había vuelto peligroso. Más pobre, más sucio. En su calle había al menos tres casas deshabitadas, con el pasto crecido y los jardines delanteros llenos de correo estropeado. De noche solo funcionaban las luces de las esquinas, que con la sombra de los árboles alcanzaba para muy poco, y había un grupo de chicos jóvenes, seguramente drogadictos, que se sentaban casi siempre en el cordón, a metros de su casa, y se quedaban ahí hasta la madrugada. A veces gritaban, o tiraban botellas, unos días atrás jugaron a correr de una punta a la otra de su reja, haciendo sonar el hierro como un xilofón, y esto último fue de noche, a la hora en que ella intentaba dormir. Desde la otra cama, ella le chistó varias veces para que él hiciera algo. Él se despertó y se sentó contra su cabecera, pero no salió a decirles nada. Se quedaron en silencio escuchando.

—Van a rayar las rejas —dijo ella.

—Son solo chicos.

—Chicos rayando nuestras rejas.

Pero él no se movió de su cama.

Era evidente que el tema de las rejas estaba relacionado con la llegada de los nuevos vecinos. Una semana atrás habían ocupado la casa lindera a la suya. Pararon con una camioneta desvencijada que estuvo frente a la casa, con el motor encendido, casi quince minutos antes de que nada nuevo pasara. Lola dejó de hacer lo que estaba haciendo, y esperó todo ese tiempo junto a la ventana. Se decía a sí misma que tenía que actuar con precaución: nada certificaba, viendo las características de la nueva familia, que hubieran comprado o alquilado la casa. Al fin se abrió una de las puertas de la camioneta. Lola soltó un largo silbido y sintió un disgusto amargo, como si frente a la larga duda entre arruinarle o no el día, finalmente hubieran optado por hacerlo. Se bajó una mujer delgada. Viéndola de espaldas pensó si no se trataría de una adolescente, porque llevaba el pelo largo y suelto y vestía muy informal, pero cuando la mujer cerró la puerta descubrió que tendría unos cuarenta años. El motor se apagó, y la misma puerta volvió a abrirse. Bajó un chico de unos doce, trece años. Y del otro lado, un hombre fornido vestido con un mameluco azul. No tenían muchas

pertenencias, quizá la casa ya estaba amueblada. Alcanzó a ver dos colchones individuales, una mesa, cinco sillas —ninguna haciendo juego—, y una decena de bolsos y valijas. El chico se ocupó de las cosas sueltas. La mujer y el hombre movieron el resto, comentando a veces cómo descargar y mover las cosas, hasta que la camioneta quedó vacía y el hombre se alejó sin despedirse, haciendo apenas un gesto con la mano antes de subir la ventanilla.

Esa noche Lola intentó hablar con él, hacerle entender el nuevo problema que esta mudanza significaba. Discutieron.

—¿Por qué sos tan prejuiciosa?

—Porque alguien tiene que llevar los pantalones en esta casa.

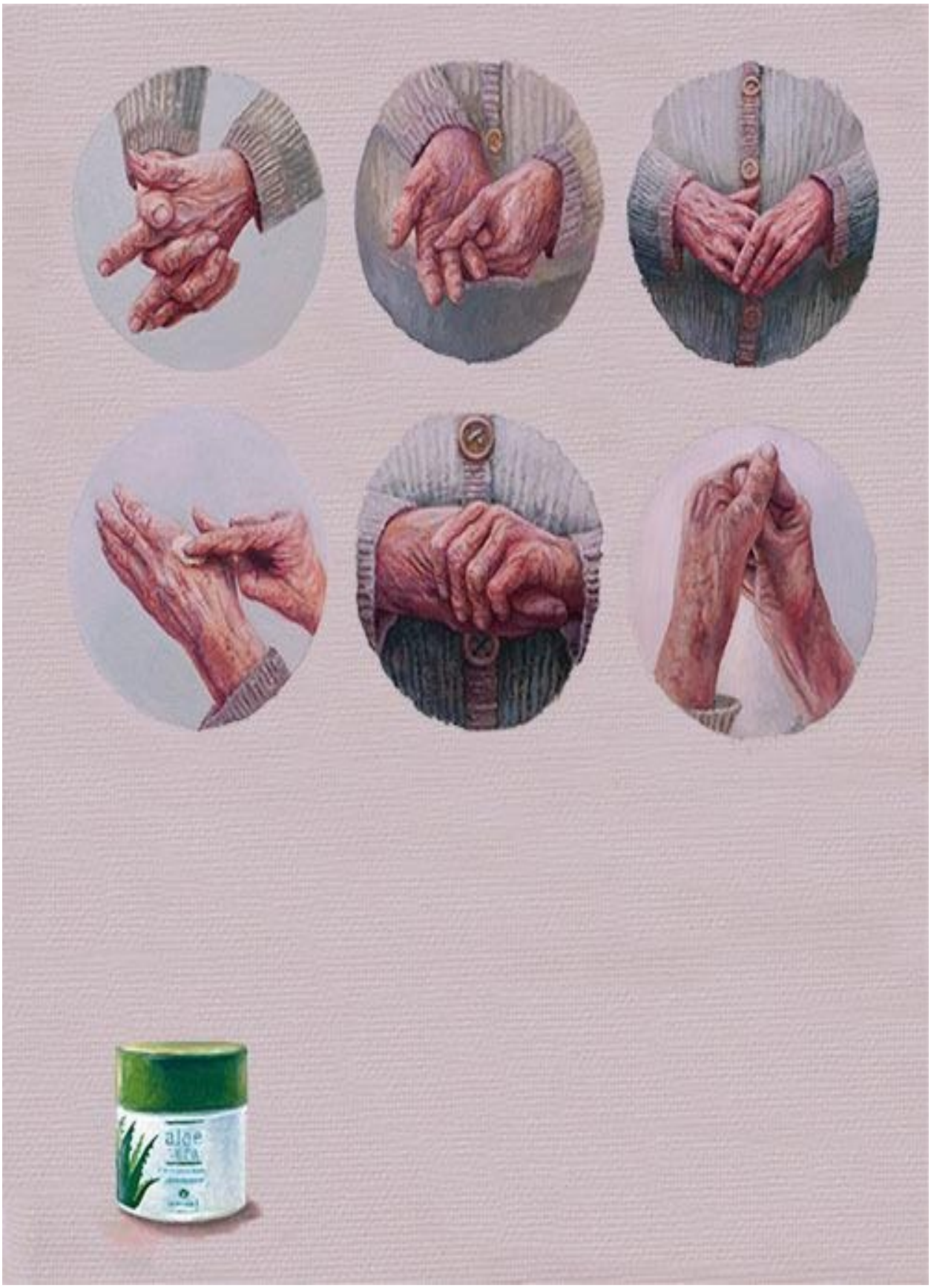
Detrás de la casa de Lola el jardín se elevaba un poco hacia el fondo. Él había hecho una división en los últimos metros del terreno, y había plantado ahí dos ciruelos, dos naranjos, un limonero, y hecho una pequeña huerta con plantas de especias y tomates. Pasaba algunas horas de la tarde ahí. Ella se asomó desde la ventana de la cocina para llamarlo y lo vio agachado junto al cerco de madera que dividía su terreno del de los vecinos. Conversaba con un chico que lo escuchaba desde el otro lado. Podría ser el nuevo vecino, pero no estaba segura, era difícil precisarlo desde donde ella estaba. Esa noche, durante la cena, esperó a que él aclarara espontáneamente la situación. Era algo nuevo y todo lo nuevo debía ser mencionado. Le correspondía a él hacerlo y la cena era el momento adecuado, por eso en la noche el televisor estaba apagado y Lola preguntaba qué tal tu día. Así que Lola esperó. Escuchó la ya conocida historia de la amiga de Póker que él solía encontrarse en el banco. Escuchó un comentario sobre el supermercado, y eso que él sabía que, desde el incidente que ella había tenido la última vez que pisó ese lugar, ya no quería ni oír hablar de nada relacionado con ese infierno. Escuchó el problema del corte de calles en el centro por el asunto de las cloacas y la opinión previsible que él tenía sobre casi todas las cosas. Pero él no dijo nada sobre el chico, y ella pensó en la posibilidad de que no fuera la primera vez que sucedía ese encuentro en el fondo de la casa, y esto la alarmó.

Estuvo unos días atenta y descubrió que era el chico el que corría hacia él, apenas él salía al jardín, y no viceversa. Verlos juntos la hacía sentirse incómoda, como si algo no estuviera bien, como los veinticuatro yogures de crema y durazno ocupando la heladera.

Una tarde el chico pasó del otro lado y se sentó en una banqueta mientras él seguía trabajando en la huerta. Una banqueta de ellos. El chico habló y los dos se rieron. Una vez, estando ahí junto a la ventana, detrás de la cortina, ella recordó la chocolatada, y se sobresaltó. Pensó que algo podía estar escapándosele, algo en lo que no había pensado hasta entonces. Fue hasta la cocina, abrió la alacena, corrió la sal y las especias. La caja de chocolatada estaba abierta, y no quedaba demasiada. Pensó en sacarla, y se dio cuenta de que no era una acción tan simple. La cocina era su territorio. Todo en la cocina estaba organizado bajo sus directivas y era la zona de la casa en la que tenía control total. Pero la chocolatada era un producto diferente. Tocó el dibujo del paquete con las manos y miró hacia el jardín trasero. No pudo hacer más que eso, no entendía muy bien el sentido de lo que estaba haciendo. Cerró la alacena y tras de sí la puerta de la cocina. Fue hasta el living y se sentó en el sillón. Todo sucedió despacio, pero tan rápido como su cuerpo fue permitiendo cada movimiento. Con las manos en los bolsillos acarició la lista. Era bueno saber que seguía ahí.

A veces, si el clima era lo suficientemente seco y templado, ella salía al jardín delantero a verificar el estado de las alegrías del hogar, los farolitos chinos y las azaleas. Él se ocupaba del riego general de la casa, pero los canteros del jardín eran los que más se veían desde la calle y necesitaban un cuidado especial. Así que ella hacía un esfuerzo, y controlaba las flores y la humedad de la tierra. Esa mañana la mujer y el chico pasaron por la vereda. La mujer la saludó con un gesto de la cabeza, pero Lola no se animó a contestar, se quedó de pie mirándolos pasar, cargados con sus abrigos y sus mochilas. Necesitaba evaluar esta nueva situación, el problema que supondría ahora salir a revisar las plantas en ese horario, la posibilidad constante de intromisión. Necesitó más aire, respiró profundamente y luego silbó controlando el ritmo, tal como el médico le había enseñado. Regresó a la casa, cerró con el pasador y se dejó caer en su sillón. Sabía que era una situación peligrosa. Se concentró en el ritmo de su respiración, en aletargarlo, y un segundo después tanteó bajo su cuerpo el control remoto y encendió la tele. Además de todo, pensó, tenía que seguir avanzando con su lista, tenía que seguir clasificando y embalando, y no le quedaba demasiado tiempo. Sabía que se iba a morir, se lo había dado a entender a la señora de la rotisería, cuando llamaba para hacer su pedido las noches que no tenía energías para cocinar. También lo había conversado con el sodero, cuando traía el repuesto de cinco litros de agua mineral para el dispenser de la cocina. Les explicaba por qué respiraba de esa forma, el asunto de la oxigenación pulmonar, y los riesgos y consecuencias que esto acarreaba. Una vez le mostró al sodero su lista y el hombre pareció impresionado.

Pero algo no funcionaba: todo seguía adelante. Por qué, si sus intenciones eran tan claras, su cuerpo volvía a despertarse cada día. Era algo insólito y cruel, y Lola empezaba a temer lo peor: que la muerte requiriera un esfuerzo para el que ella ya no estaba preparada.


aloe

Unos años atrás, cuando todavía era ella la que se ocupaba de ir al supermercado, había encontrado en la góndola de perfumería una crema para las manos que casi no dejaba residuos. Realmente traía algo de aloe vera, podía olerlo cada vez que la destapaba. Le había llevado un tiempo testear otras marcas, y dinero. Ahora, a él, le encargaba otra crema, una que costaba menos de la mitad y que era bastante mala. Podría haberle pedido que comprara la otra, sin dar explicaciones, pero de esa forma él sabría que alguna vez ella habría gastado ese dinero en una crema. Cosas así eran las que a veces añoraba. Porque no volvería nunca más al supermercado, por más que él en la cena, sabiendo perfectamente que ella detestaba escucharlo, insistiera en hablar de eso. No después del incidente, no después de esa tarde nefasta en el supermercado. Era una de las pocas cosas que recordaba con claridad, y la llenaba de vergüenza. ¿Él también lo recordaría? ¿Sabría solo lo que vio al llegar? ¿O con el tiempo los testigos se lo habrían contado todo?

Miró el reloj y vio que eran las tres de la mañana. Él respiraba en la cama de al lado. No roncaba, pero su respiración era profunda y la distraía, y Lola supo de inmediato que no podría volverse a dormir. Esperó un rato despierta hasta sentir la fuerza suficiente. Se puso la bata, fue hasta el baño y se quedó sentada en el inodoro un buen rato. Pensó en algunas cosas que podría hacer, como lavarse la cara o los dientes, o cepillarse el pelo, pero entendió que no se trataba de nada de eso. Dejó el baño y fue hacia la cocina, cruzando el pasillo sin encender las luces, adivinando la biblioteca de las National Geographic de él, y la cómoda con sábanas y toallas. Fue hasta la puerta de entrada y se preguntó para qué habría ido hasta ahí. En la cocina buscó los fósforos y encendió una de las hornallas. Después la apagó. Encendió el tubo de luz que había bajo las alacenas superiores y abrió algunas puertas para asegurarse de que las provisiones estuvieran al día. Corrió las especias y ahí estaba la caja de chocolatada nueva, sin abrir. Sintió su respiración apenas alterarse y sintió, más que nunca, que debía hacer algo, pero no alcanzaba a entender exactamente qué. Se apoyó contra la mesada y respiró con calma. Afuera el jardín delantero estaba a oscuras, uno de los dos faroles de la calle se había quemado. Se veía el coche, y en la vereda de enfrente las luces de los vecinos estaban apagadas. Una sombra se movió en la calle, y unos segundos después en su jardín, tras el árbol que hay frente a la cocina. Lola controló su respiración. Dio un paso rápido hacia atrás, estiró su mano hasta la pared y apagó la luz. Su cuerpo respondió a esta emergencia con agilidad y sin dolor, pero optó por no reparar en eso. Se quedó

quieta en la oscuridad, atenta al árbol. Esperó así un rato, soltando cada vez más su respiración, hasta que volvió el silbido y se convenció de que no había nadie afuera. Entonces vio, tras el tronco negro del árbol, a contraluz, a alguien que intentaba mantenerse escondido. Había alguien, sin duda. Y ella estaba sola en la cocina, con su cuerpo y su respiración a cuestas, mientras él dormía plácidamente. Se quedó pensando en esto un momento, tan cerca de la chocolatada que podría alcanzarla sin mover sus pies. Así se le ocurrió que podría ser el chico de al lado. Abrió un poco la ventana. El perro de enfrente ladró tras la reja. El tronco negro se quedó inmóvil unos segundos. Dio cinco pasos hacia atrás, hasta la puerta de la cocina, desde donde todavía veía el árbol, levantó el tubo del portero eléctrico y apretó el botón intercomunicador. Su silbido ronco llegó desde el jardín, a través de la ventana. Colgó el auricular y se quedó con la mano temblando sobre el aparato, hasta que, un rato después, el perro dejó de ladrar.

El día del incidente del supermercado hacía calor. Hay cosas que Lola ya no recuerda, pero eso lo sabe perfectamente. Se desmayó por el calor, no por lo que había pasado. El médico, la ambulancia, todo le pareció una exageración y una humillación evitable. Hubiera esperado que la cajera y la mujer de seguridad, que la conocían desde hacía años y con las que se saludaba al menos dos veces a la semana, fueran más solidarias, pero miraron en silencio, absortas y estúpidas como si nunca antes hubieran presenciado algo parecido. Clientes que conocía de vista y algunos vecinos la vieron en el piso y luego en la camilla. Ella no era conversadora, no tenía una real amistad con ninguna de esas personas ni hubiera querido tenerla realmente. Por eso todo le pareció tan vergonzoso, porque jamás tendría oportunidad de justificarse. Se amargaba si pensaba en esto y la amargaba más recordar los detalles, como cuando cerró los ojos mientras la metían en la ambulancia para no ver cómo la miraban los dos hombres del camión de reposición. La obligaron a permanecer dos días internada para controles de rutina, él y el médico. La sometieron a análisis y exámenes, nunca le preguntaron su opinión. Se acercaban con sus planillas y sus explicaciones, falsamente solícitos, abusando de su tiempo y de su paciencia, facturando con habilidad la mayor cantidad posible de atenciones médicas. Ella sabía cómo funcionaban esas cosas, pero entonces no tenía voz ni voto, y todo dependía de él, de su ingenuidad y su obsecuencia. Es verdad que hay cosas que Lola ya no recuerda, pero eso lo recuerda perfecto.

Alguien había estado la noche anterior en el jardín de adelante. Ella se lo dijo apenas él la despertó: se había quedado dormida frente al televisor mudo y ahora dos mujeres preparaban pollo en una cocina amplia y luminosa. Su sillón solía parecerle bastante cómodo, pero esa vez no le había funcionado bien. Le dolía el cuerpo y le costaba moverse. Él no le preguntó si había dormido ahí, ni qué había pasado, pero quiso saber si había tomado sus pastillas. Ella no contestó. Él fue por el pastillero y se lo alcanzó junto con un vaso de agua. Se quedó mirándola hasta que ella terminó de tomarlas. Después del último trago ella dijo:

—Te digo que alguien estuvo anoche en el jardín, deberías revisar que todo esté bien.

Él miró hacia la calle.

—¿Estás segura?

—Lo vi, atrás del árbol.

Él se puso la campera y salió. Ella lo siguió desde la ventana, lo vio caminar por el sendero de troncos que va hacia la reja, detenerse a la altura del árbol y mirar desde ahí hacia la calle. Le pareció que no revisaba a conciencia lo que ella le había indicado. No lo hacía nada bien, y pensó que así había sido toda su vida ese hombre, y que de ese hombre dependía ella ahora. Levantó el tubo del intercomunicador, el del living junto a la puerta, y escuchó en el portero eléctrico de la calle su propia voz:

—En el árbol, en el árbol.

Lo vio dar unos pasos hacia el árbol, pero no se acercó lo suficiente. Miró alrededor y regresó.

—Deberías volver a ver —dijo ella cuando él entró—, estoy segura de que vi a alguien.

—No hay nadie ahora.

—Pero sí anoche —dijo ella, y dejó que sus pulmones silbasen largamente, con resignación.

Había estado parte de la mañana rotulando los cinco lados visibles de las cajas que ya estaban cerradas. Él se asomó al cuarto de visitas, miró el pilón de cajas y se ofreció a llevarlas al garaje. Dijo que así el cuarto seguiría disponible y además, llegado el momento, sería mucho más fácil sacar las cajas desde ahí.

—¿Sacarlas? —dijo ella— ¿Sacarlas a dónde? Solo yo voy a decidir qué cajas se van.

Las podía llevar al garaje si eso a él lo hacía tan feliz, pero solo le permitiría sacar las cajas prescindibles. Lo importante quedaría siempre dentro de la casa.

Nunca armaba más de una caja por día, y no todos los días armaba cajas. A veces solo clasificaba, o pensaba en qué era lo que convendría hacer al día siguiente. Pero esta vez se trataba de ropa vieja de invierno. La arruinada ya la había guardado en bolsas de consorcio, en un arduo trabajo de un par de semanas, y él se las había ido llevando, poco a poco, cuando iba al centro o al supermercado con el coche. Ese día Lola trabajaba con los últimos pulóveres para donar. Eran

de lana y ocupaban mucho espacio, así que los dispuso en dos cajas y las encintó. Cerrar dos cajas le dio una extraña sensación de vértigo con la que no supo muy bien qué hacer. Miró por la ventana de la habitación. Se olvidó de lo que estaba haciendo, pero abrió la lista y lo recordó. Fue a pedirle a él que le sacara una silla al frente, al jardín delantero. Él estaba doblando y guardando las toallas colgadas en el tendedero y se quedó mirándola un momento.

—No tengo que explicarte por qué necesito una silla afuera. La necesito ahí y punto.

Él dejó las toallas sobre la mesada y volvió a mirarla. Ella tenía puesto el pijama, un saco rosa y las chinelas de gamuza rotas de tanto uso pero siempre limpias, sostenía su lista y una lapicera.

—¿Dónde querés la silla? —preguntó él.

—En el porche, mirando hacia la calle.

Lo siguió para comprobar que sacaba la silla correcta y que al salir no golpeaba la puerta de cedro. Esperó a que se fuera y orientó la silla hacia el sol. Se dejó medio caer con un silbido fuerte hacia el final y una ligera expresión de dolor que retuvo unos segundos antes de apoyarse en el respaldo. Desplegó su lista, pero no la repasó. Era cerca del mediodía y la mujer y el chico pronto pasarían por la puerta. Se concentró en la espera y después, poco a poco, se fue quedando dormida.

Una tarde en que él había ido al centro a ocuparse de algunas cosas, el chico tocó el timbre. Ella se asomó a la ventana de la cocina y lo reconoció enseguida. Estaba con otro de su edad, tras la reja de entrada. Hablaban en voz baja. Dudó si atender o no. Miró el reloj y vio que él ya estaría por llegar. Cuando el timbre volvió a sonar se decidió y levantó el tubo del portero eléctrico. Descansó un poco antes de hablar. Estaba agitada. Como otras veces, su respiración se sintió en el jardín antes que su voz, y los chicos se miraron divertidos.

—Diga… —dijo Lola.

—Abuela, vengo a devolverle una cosa al señor.

—¿Qué tienen que devolver?

Los chicos se miraron. Lola vio que él tenía algo en la mano, pero no alcanzaba a ver bien qué era.

—Una herramienta.

—Vuelvan más tarde.

El otro chico habló por lo bajo, de mala manera.

—Déjenos pasar, Abuela.

También tenía algo en la mano, algo largo y pesado.

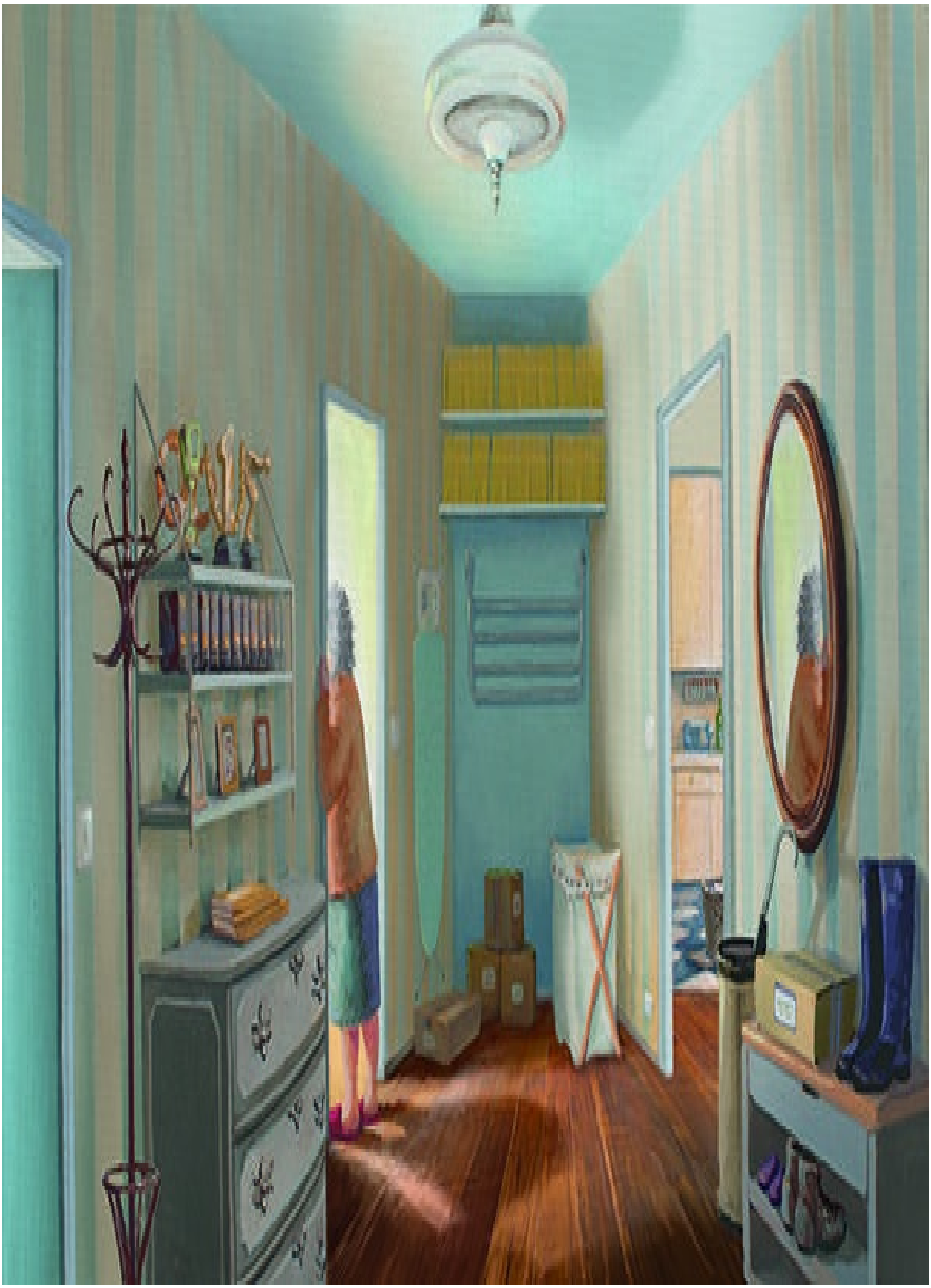
—Vuelvan más tarde.

Cortó el auricular y se quedó donde estaba. Podía verlos por la ventana de la cocina, pero probablemente ellos no pudieran verla a ella.

—Ey, abuela, no sea así —dijo el otro, y golpeó tres veces la reja con lo que fuera que llevara en la mano.

Lola reconoció el ruido contra las rejas de la otra noche. Los chicos esperaron. Cuando vieron que no volvían a atender se fueron y ella se quedó un rato junto al portero, escuchando su respiración calmarse poco a poco. Se dijo que todo estaba bien, que solo había sido una conversación por el portero, pero esos chicos no le gustaban. Esos chicos podrían… Se quedó un momento más pensando, sabía que estaba cerca de algo, algo que todavía no tomaba forma, pero, por su intensidad —ella sabía muy bien cómo funcionaba su propia cabeza —, empezaba a ser una premonición. Entonces, repentinamente, se llevó la mano al corazón y escuchó el primer ruido, del otro lado de la casa. Fue hacia el cuarto mirando sus pies avanzar, cuidando el ritmo, conteniendo los nervios para que la respiración no se disparara. Sabía que eran ellos. Necesitaba controlar su cuerpo. Tenía la certeza y, aún así, cuando llegó al cuarto y los vio por la ventana, ya casi dentro de su jardín trasero, se sobresaltó como si nunca se lo hubiera pensado. Estaban en el fondo, pasando por debajo del alambre por el que el chico entraba a la huerta. Lola se escondió de un lado de la ventana. Los vio bajar hacia la casa y detenerse a solo unos metros, ya muy cerca de ella. Empujaron la puerta del garaje y la encontraron abierta, la puerta del garaje que era de él y que era su responsabilidad dejar cerrada. El espanto la inmovilizó. Escuchó que abrían y cerraban los cajones del mueble de chapa. Le parecieron ruidos fuertes y estridentes. Pensó en cómo le haría entender a él que habían entrado por su culpa, que ese chico con el que él perdía el tiempo en la huerta era un ladrón. Su respiración se hizo más fuerte. Tuvo miedo de que ellos la escucharan pero no era algo que pudiera evitar. Hubo más ruidos en el garaje, después otra vez la puerta. Los vio salir por el jardín trasero y pasar por el alambrado hacia la otra

casa, pero no alcanzó a ver bien si se habían llevado algo. Se recostó en la cama, metió los pies bajo la frazada y se acurrucó en posición fetal. Le llevaría un rato normalizar su ritmo cardíaco, pero lo esperaría en esa posición para que él entendiera enseguida que ella no estaba bien. Decidió que, aunque él preguntara, ella no diría nada. Si sabía esperar habría un momento perfecto para sacar esto a la luz, uno que ella identificaría de inmediato. Y decidió otra cosa también. Que los días se estaban complicando y no debía exaltarse: descansaría del tema de las cajas por un tiempo.



Lola recordaba perfectamente al médico del hospital. Aunque no sabía su nombre podría identificarlo entre un gentío, a metros de distancia. No era como el doctor Petterson, por algo uno trabajaba en la televisión y otro en un seguro médico de última categoría, el seguro médico que él eligió para ambos cuando se jubilaron.

«¿Cómo se siente hoy la señora?». Eso preguntó el médico del hospital las tres o cuatro veces que fue a verla a la casa. Siempre estaba acalorado, Lola podía oler su traspiración, algo que ella no consideraba higiénico tratándose de un médico. Pero era la pregunta lo que más le molestaba. Claramente dirigida a él, confiando solo en su opinión cuando la paciente era ella. A veces, Lola se imaginaba levantándose de su sillón con agilidad y diciendo algo así como «atiendan esto entre ustedes, yo tengo cosas que hacer», pero la necesitaban para el show, eso se decía siempre a sí misma, y se recordaba que, con él, la mitad de su vida consistió siempre en tener paciencia.

«¿Cómo se siente hoy la señora?». Le dolían los pulmones, tenía un terrible dolor de espalda, el bazo la apuñalaba cada vez que caminaba un poco más ligero de lo debido, pero a este médico nada de eso le importaba. Su pregunta iba dirigida a otra cosa. A algo que nada tenía que ver con la salud de Lola. Si ella le hubiera enumerado todos sus problemas al doctor Petterson, este se hubiera quedado estupefacto por sus calamidades desatendidas y hubiera buscado algún tipo de solución. Pero estos dos hombres que ahora la miraban, este médico del hospital y él, sobre todo él, solo estaban interesados en el incidente del supermercado y en todo lo relacionado con eso. Síntomas previos al incidente, los resultados de los análisis del hospital, consecuencias del incidente. Incidente.

La mujer de la rotisería le dijo una vez que no era bueno angustiarse, que tenía que intentar ser más optimista. La gente solía decirle cosas así y a Lola le gustaba escucharlas. Sabía que nada de eso iba a ayudarla, porque ella enfrentaba algo peor que la muerte, demasiado complicado de explicar por teléfono. Pero era un buen gesto de parte de la mujer: aunque no ayudara en lo más mínimo, su paciencia la hacía sentirse mejor.

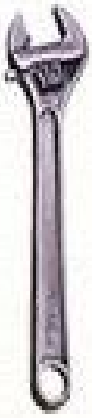
En los días siguientes el chico llegaba con el banco plegado bajo el brazo, el banco que era de ellos. Lo abría y se sentaba, lo miraba trabajar y a veces él descansaba un poco y conversaban. Una vez él hizo como que cavaba en el estómago del chico con su pala de jardinería, y el chico se rio. En esos días, Lola prestó especial atención a si él aumentaba o no la ración de chocolatada cuando hacía las compras, pero la ración seguía siendo la misma. También prestó atención a los silencios de las cenas. Pero él no decía nada. A veces, la omisión la tranquilizaba, llevaba el asunto del chico a un lugar menor, dudaba si acaso no era una obsesión personal pasajera. Hasta que volvía a verlo ahí a la mañana siguiente, y otra vez su respiración resonaba en el living, como una alarma ronca contenida entre los ventanales.

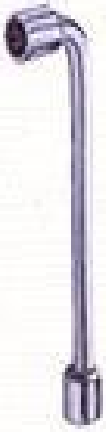
Una noche las cosas se ordenaron a su favor. Habían robado en la rotisería. Ella lo supo por él, que había ido a buscar la cena. Lola no llamó a la mujer que le atendía los pedidos, decidió que no era oportuno, a pesar de la intimidad que les había dado las conversaciones sobre su muerte. Así que estaban cenando pollo otra vez y él hablaba del robo. Era un buen momento para preguntar por el chico, para blanquear el silencio al que él la había estado sometiendo: cuando él recordara la charla no podría localizar la trampa, solo encontraría el tema de la rotisería que él mismo había traído a cuenta. Ella lo esperó pacientemente. Él dijo lo del arma que la mujer de la rotisería tenía bajo la repisa, lo de las heridas en el brazo y el asunto de la ambulancia. Dijo que la mujer había sido muy valiente, explicó por qué él creía que la hija no había estado tan bien, cuánto tardó la policía en llegar y cómo interrogaron a los testigos. Lola lo escuchó en silencio, acostumbrada a esperarlo. Cada tres o cuatro oraciones de él, ella lo reescribía todo mentalmente, en una sola línea clara y concisa, remendando en silencio su morosidad exasperante. Lo perdonaba. Entonces hubo un silencio, uno lo bastante largo, y ella dijo:

—¿Y qué hay del chico de al lado? ¿Creés que tuvo algo que ver?

—¿Por qué tendría algo que ver?

—Ellos son los que hacen sonar las rejas. Él y otro chico más. Vinieron el otro día y me pidieron entrar para devolverte una herramienta —Lola quería detenerse, graduar la información, pero ahora todo el problema estaba sobre sus hombros y no podía con tanto peso, tenía que dejarlo caer—, no les abrí pero entraron de todas formas, por atrás. Estuvieron en el garaje, revolvieron las cosas. No cerraste la puerta con llave. Deberías ver si están la agujereadora y la soldadora.





—¿La agujereadora y la soldadora?

Ella asintió, controló su respiración. Hasta que lo puso en palabras no había pensado realmente en la agujereadora y la soldadora, pero los dos sabían que eran sus herramientas más caras. Él miró hacia el garaje y ella entendió que había logrado alarmarlo. Lo imaginó revolviendo las herramientas, enumerando las que faltaban mientras ella localizaba en la agenda el teléfono de la comisaría. Pero él tomó otra vez los cubiertos, se llevó un trozo más de pollo a la boca y dijo:

—La llave fija.

Él tenía que decir algo más, así que Lola se quedó mirándolo.

—Para la pileta de la cocina. Se lo encargó la madre y yo se la presté.

—Y no me dijiste nada.

—Fue hace varios días. Cuando se mudaron.

—El día que se mudaron.

—Sí —dijo él—, ese día.

Lola esperó a que él estuviera en la ducha para revisar el garaje ella misma, pero se encontró con que no recordaba qué herramientas había, ni dónde iban guardadas. Tampoco sabía qué era exactamente una llave fija. Y como el garaje era la única sección de la casa bajo la responsabilidad de él, sospechaba que todo estaría sucio y desordenado. Pensó en si él podría estar cubriendo al chico, por alguna razón, y no le pareció una idea que pudiera descartar. Tanteó la lista en su bolsillo del delantal, y pensó que en la noche tenía que recordar y analizar los hechos con más tranquilidad. Tomar algún tipo de decisión.

A la mañana siguiente armó una caja más. La llenó de útiles de oficina viejos, lapiceras secas, cuadernos con las hojas amarillas, cajitas de gomas elásticas en mal estado, las guías telefónicas de los últimos años. Estaba segura de que serían útiles para la gente humilde, aunque más no sea para saber que estas cosas existen, por si alguna vez llegaran a necesitarlas. Fue hasta el pequeño escritorio

que él se había armado sobre la repisa del teléfono para organizar las facturas y guardó otras cosas que encontró por ahí. Pensó en embalar también el pequeño busto griego de cerámica que él usaba de pisapapeles en la mesa del living, pero no lo encontró. Sabía que a veces no recordaba todo lo que embalaba. Eran demasiadas cosas y todo pesaba sobre sus hombros, era lógico que a veces se le escaparan detalles. La semana anterior habían tenido que abrir una caja con zapatos porque, en un momento de distracción, todos los zapatos de él habían quedado embalados. Había pocas toallas y el espejo grande del pasillo ya no se veía tan bien con la repisa vacía. Tampoco había más cepillos ni peines para el pelo en sus cajones del baño. Eso era lo peor, verse en la obligación de usar siempre el peine viejo de él.

Al mediodía encintó la caja, pegó una etiqueta y escribió «útiles del escritorio». Fue a buscarlo a él, para que le llevara la caja hasta el garaje, pero no lo encontró en ningún cuarto de la casa. Tampoco estaba en el garaje ni en la huerta —eso pudo verlo desde la ventana de su cuarto—. Estaba acordado que él no salía de la casa sin avisar, porque eran justamente este tipo de desapariciones lo que más nerviosa la ponía. Ella podría necesitarlo, necesitaba contar con él todo el tiempo. Cruzó el living hacia el frente y abrió la puerta de calle. Lo vio en el piso y su respiración casi hipó antes del silbido. Se sostuvo en el marco de la puerta. Estaba sentado con la espalda apoyada en la pared y la frente sobre la palma de la mano. Lola tomó aire y fuerzas suficientes y dijo:

—¡Por Dios!

Y él dijo:

—Estoy bien, no te asustes. —Se miró la palma ensangrentada, tenía un pequeño corte en la frente—. Creo que me bajó la presión, pero alcancé a sostenerme.

—Llamo a un médico.

—Después. Ahora necesito entrar y acostarme.

Ella le preparó la cama. Le llevó un té. Buscó en la biblioteca del pasillo los dos últimos números de la National Geographic y se los dejó sobre la mesa de luz. Se concentró en hacer todo esto a un ritmo lógico: lo más rápido posible, pero sin que los movimientos llegaran a agitarla. Era consciente de que era un momento «de él», y que ella tenía que hacer ciertas cosas para aliviarlo. Pero él, asustado como estaría, posiblemente pensara solo en sí mismo, y alguien tenía

que seguir cuidando de ella. Fue algo intenso, en cierto modo. Y Lola estuvo a la altura. Después él se durmió. Ella caminó hasta el living con un último esfuerzo y se sentó en su sillón a descansar. Tenía que recuperar fuerzas, todavía faltaba mucho por hacer.

Se despertó con los ruidos de los caños contra las rejas. Estiró enseguida el cuello para ver sobre la ventana y un calambre la obligó a volver a su posición inicial. No alcanzó a distinguir nada pero sabía quiénes eran. Miró el reloj sobre el televisor: las cuatro y veinte de la tarde. Escuchó el ruido de los tacos de la vecina pasar por su vereda hacia la casa de al lado. Después una puerta al cerrarse. Pensó en la llave fija. Cerró los puños y estiró los brazos a los lados. Era un ejercicio descontracturante del programa del doctor Petterson que ella usaba para desperezarse. El calambre se disipó y sintió que otra vez contaba con su cuerpo, o al menos con parte de él. Focalizó imaginariamente la forma dudosa de la llave fija. Corroboró que llevaba las chinelas de gamuza bordó y que su abrigo de media estación colgaba de la percha de entrada, junto al portero eléctrico. La estimuló ver que los objetos estaban ordenados a su favor. Se puso de pie, se abrigó y abrió la puerta de calle. Así terminó de entender cuáles eran sus intenciones, y le pareció que, evidentemente, se trataba de una resolución muy sensata.

Fue hasta la casa de al lado y tocó la puerta. Cuando al fin la mujer abrió, gran parte de las energías de la siesta se habían perdido en esa espera. Ahora todo le sería más difícil. La mujer la reconoció enseguida y la invitó a pasar. Lola aceptó con una media sonrisa. Dio algunos pasos y ahí se quedó, sin poder decidir qué hacer o decir a continuación.

—¿Quiere un té? —dijo la mujer y fue hacia la cocina—. Siéntese si quiere —dijo desde el otro ambiente—, disculpe el desorden.

Las paredes estaban descascaradas. Casi no había muebles, salvo la mesa, tres sillas desvencijadas y dos sillones cubiertos por sábanas trasparentes por el uso, anudadas a los apoyabrazos para que no se salieran de lugar. La mujer regresó con una taza de té y la invitó a sentarse en los sillones. Se veían incómodos y Lola pensó que sería difícil levantarse de ellos, pero aceptó por cordialidad. La mujer se movió rápidamente: trajo una silla, y la acercó a Lola a modo de mesita. Lola vio entonces las revistas y los papeles apilados en el piso, junto a la ventana. Ocupaban mucho espacio y seguro no tenían ninguna utilidad.

—Tengo cajas si quiere —dijo Lola—, son cajas fuertes, yo las uso para embalar y clasificar.

La mujer siguió la mirada de Lola hasta sus pilas de papeles.

—No es necesario, gracias. Pero, dígame, ¿qué necesita? ¿Es sobre mi hijo? Anoche no vino a dormir y estoy muy preocupada.

Lola entendió de inmediato la precisión de sus intuiciones, y recordó los ruidos de las rejas de esa misma tarde. La mujer esperaba algún tipo de señal. Se sentó en el otro sillón, frente a ella.

—Creo que está enojado conmigo. Por favor, ¿sabe algo de él?

Lola estaba en el camino correcto, pero tenía que avanzar con cuidado.

—No. No es eso. Tengo que preguntarle algo importante.

Lola miró el té y se dijo a sí misma que eso tenía que salir bien.

—Necesito saber si usted tiene una llave. Una llave fija.

La mujer frunció el ceño.

—De esas que se usan para arreglar las piletas —dijo Lola.

Quizá la mujer no estaba segura de si tenía o no la llave, quizá no entendía la pregunta. Miró hacia la cocina, y se volvió otra vez hacia ella.

—Ya sé a qué se refiere, su marido nos prestó algo así la semana pasada. Mi hijo la devolvió anteayer. La devolvió, ¿no es así?

—Es que ese es el problema. No estoy segura.

La mujer se quedó mirándola un momento.

—Es muy importante para mí saber dónde está esa llave. —Lola revolvió su té y sacó el saquito—. No se trata de la llave, usted entenderá. Quiero decir, no es «por» la llave que busco la llave.

La mujer asintió una vez, parecía hacer un esfuerzo por entender. Lola miró hacia la cocina y se quedó unos segundos en silencio, hasta que escuchó que le hablaban.

—¿Se siente bien?

Se había olvidado por completo del dolor y los calambres. Su respiración era casi silenciosa y toda su energía estaba proyectada a ese espacio físico todavía desconocido, la luz natural que venía de la cocina y se abría hacia ellas.

—¿Usted cómo se llama? —dijo Lola.

—Me llamo Susana.

La mujer tenía ojeras demasiado oscuras, le estiraban los ojos hacia abajo de un modo que parecía artificial.

—Susana, ¿le molestaría que yo mirara su cocina?

—¿Cree que no le devolvería la llave? ¿Qué tipo de persona cree que soy?

—Oh, no, no, no. No me malinterprete. Se trata de otra cosa. Es… ¿Cómo podría explicarme? Un presentimiento, eso es.

La mujer parecía disgustada, pero se puso de pie, fue hasta la cocina y la esperó

junto al marco de la puerta. Lola dejó la taza en la silla, se incorporó ayudándose con el apoyabrazos, volvió a levantar la taza y caminó hasta ella.

Era un espacio amplio y luminoso, y aunque las alacenas estaban desvencijadas, algo de fruta y unas cacerolas rojas le daban a la cocina una intimidad agradable. Lola pensó que era un sitio que, bien ordenado y limpio, podría verse incluso más acogedor que su propia cocina. Sin quererlo, tomó más aire del necesario y soltó la respiración con un silbido. Sabía que la mujer la estaba mirando y se sintió avergonzada. Pensó en él, que podría haber despertado y se asustaría si no la encontraba en la casa.

—¿Qué busca, señora? —la mujer no fue agresiva, su voz sonó más bien cansada.

Lola se volvió para mirarla. Estaban muy cerca una de la otra, cada una apoyada a un lado del marco.

—Hay algo más que tengo que preguntarle.

—Diga.

—Puede parecerle extraño, pero…

La mujer se cruzó de brazos, se miraron, ya no parecía bien predispuesta.

—¿Usted cree que alguien podría estar dándole chocolatada a su hijo?

—¿Cómo dice?

Lola miró su propio jardín a través de la ventana. Su respiración necesitaba más aire y empezó a silbar agitada, lo más bajo que le fue posible.

—Chocolatada —dijo Lola—, en polvo. —Se dio cuenta de que ya no controlaba su respiración y sintió el silbido liberarse en la cocina.

—No le entiendo —dijo la mujer.

Algo pasó con su visión, como si la blancura de las paredes se intensificara. Su corazón golpeó fuerte contra el pecho y Lola volvió a silbar de un modo seco y horrendo. Cuando intentó dejar el té sobre la mesa su corazón golpeó una vez

más, y se desvaneció.

Volvía a respirar. El alivio fue solo físico. En la oscuridad de sus ojos cerrados entendió que seguía viva, cuando hubiera sido tan buen momento para morir. Tampoco entonces había sucedido. Había llamado a la muerte de muchas maneras pero nada funcionaba. Era evidente que algo de peso se le escapaba y no se le ocurría realmente qué más hacer. Abrió los ojos. Estaba en su cuarto pero en la cama de él. Las revistas de la National Geographic seguían en el mismo sitio en el que ella las había dejado. Lo llamó. Se escucharon ruidos en la cocina, sus pasos pesados, y lo vio asomarse por la puerta del cuarto.

—Me desmayé —dijo ella.

—Pero estás bien —él entró y se sentó en la cama de ella.

—No estoy en mi cama.

—Pensamos que estarías mejor lejos de la ventana.

—¿Pensamos?

—La vecina te atajó cuando te caíste, me ayudó a traerte.

—¿La madre del chico?

Se miró la palma de la mano. Tenía un pequeño corte.

—¿No te acordás de nada? Llegaste hasta acá caminando.

Lola no supo qué decir. Se acordaba, pero hubiera querido escuchar el relato. Al menos ahora no era él quien estaba en la cama y las cosas volvían a su orden natural. Miró otra vez el corte en la mano y presionó un poco la herida para ver cuánto dolía.

—¿Y el chico? ¿Estaba?

—No —dijo él.

Ella pensó en la mujer, en la conversación interrumpida, en la llave fija y en la chocolatada, y una alarma interior volvió a encenderse. Aunque intentó

incorporarse encontró que no tenía fuerza para hacerlo. Él la ayudó colocándole otro almohadón. Ella no compartió con él sus inquietudes, pero lo dejó hacer.

Había cosas que Lola no recordaba, pero el incidente del supermercado estaba intacto en su cabeza. El incidente y las visitas de ese médico inútil que siempre preguntaba: «¿Cómo se siente hoy la señora?». Y lo hacía mirándolo a él, porque ninguno de los dos esperaba que ella respondiera. ¿Qué tipo de dudas le quedaban a ese idiota?

A veces, cuando le hacían esa pregunta, sentía punzadas en el bazo, aunque no hubiera hecho ningún movimiento brusco, y así sabía que pronto su respiración se agitaría y empezaría a escucharse en la habitación.

«Sería bueno que hiciera una lista», le dijo una vez el médico.

Que hombre tan brillante, pensó Lola. Si le temblaban las manos, las cruzaba sobre su regazo, para que él no pudiera verlas.

«¿Una lista para qué? Me acuerdo perfecto de todo», dijo Lola, y vio que los dos hombres cruzaban miradas.

Le hablaban como si fuera estúpida porque ninguno de los dos era lo suficientemente hombre para decirle que se estaba muriendo. Sabía que eso no era cierto —eso de que se estaba muriendo—, pero a veces le gustaba fantasear con esa idea. Era algo que él merecía: con su muerte él vislumbraría lo importante que ella había sido para él, los años que ella había estado a su servicio. Quería tanto morirse, desde hacía tantos años, y sin embargo nada parecía deteriorarse más que su cuerpo. Un deterioro que no la llevaba a ninguna parte. ¿Por qué no se lo decían? Quería que se lo dijeran. Quería tanto que fuera verdad.

Abrió los ojos. Eran las tres y cuarenta en el reloj de él y estaba segura de que había escuchado algo. Pensó si no se trataría otra vez de un intruso, como esa noche en la que alguien se había metido en el jardín delantero a pesar de que él no pudo encontrar nada a la mañana siguiente. Se incorporó despacio para que él no se despertara —esto era algo que evidentemente tendría que resolver sola—, se puso las chinelas y el salto de cama y salió al pasillo. El ruido se repitió y ahora pudo escucharlo con toda claridad. Era un golpe en la ventana del baño. Lola pensó que podrían ser piedras pequeñas contra el vidrio esmerilado. Entró sin prender las luces, acercándose a la ventana desde la pared, y esperó. Ocurrió dos veces más, y tuvo la certeza de que se trataba del chico. Regresó al cuarto y abrió apenas la ventana. Era un lugar estratégico, y con el quinto ruido creyó adivinar de dónde venían las piedras. Unos metros más allá, hacia el final de la casa, bajo el cerco y la ligustrina que separaba su jardín del de la mujer, había una pequeña zanja. Y había alguien en la zanja, acostado. Era el chico el que tiraba las piedras, no podía verlo, pero lo sabía. ¿Las piedras serían para llamarlo a él? Lola cambió el peso de su cuerpo a la otra pierna, para que sus pies no se resintieran. Por qué tenía que soportar estas cosas a su edad. Y él no saldría a esa hora, de ninguna manera, era peligroso y era estúpido. Él no tenía nada que hacer con el chico. Había que olvidarse del problema del chico, eso era, se lo dijo a sí misma varias veces, recordándose también la lista, y con ella todas las cosas que todavía le faltaban hacer.

Quizá porque no había dormido bien, ese día las cosas se dieron más lentas de lo normal. Le costó moverse de un sitio a otro, levantar la voz para llamarlo, armar la lista del supermercado. Pero lo llevó adelante, de alguna manera. Él la ayudó. No lo suficiente, aunque hizo lo suyo. Se ocupó del desayuno, le encendió el televisor. Le acercó las chinelas. Ella vio el programa del doctor Petterson. Abrió y cerró el papel con la lista varias veces. Para la siesta prefirió regresar a su cama. Le hizo cambiar las sábanas y él supo dónde dejar las que estaban sucias y cuáles de todas las sabanas limpias debía poner, todo sin que ella tuviera que decírselo. Durmieron bien y se levantaron descansados. Él trajo más cajas. Las tres que había conseguido la semana pasada ya estaban embaladas y etiquetadas en el garaje. Lo vio mirar las pilas y fruncir el ceño. Parecía preguntarse qué sentido tenía armar tantas cajas, pero por supuesto eso es algo que él nunca podría contestarse, como no podría decir por qué hay que tirar los productos con fechas vencidas aunque todavía huelan bien, ni estirar la ropa en el tender aunque luego haya que plancharla. Son detalles que lo exceden y de los que ella

ha tenido que hacerse cargo por completo. Su ceño fruncido frente a las cajas podría ser solo el gesto de una reflexión sobre la huerta o el coche. Ella lo esperó, de pie tras él. Tan acostumbrada estaba Lola a esperarlo. Y, sin embargo, algo la alarmó: el modo en que él se inclinó para leer las etiquetas. No por lo que estuviera escrito en las etiquetas o en las cajas. Lo que la alarmó fue su repentino interés. Él se dio vuelta y la miró. Ella pensó en algo que decir. Se acordó de que había otra caja embalada en el baño y que podía pedirle que la trajera. Podía pedirle que fuera al supermercado, la lista estaba sobre el televisor, podía haberle pedido muchas cosas, pero no se decidió por ninguna. Entonces él dijo:

—No encuentran al chico.

Comprendió la estrecha relación que esto tenía con sus deseos personales y por un momento se sintió culpable.

—Tampoco volvió anoche a su casa y ya es casi mediodía.

Ella pensó en el robo a la rotisería, en los golpes en las rejas, la llave fija, la chocolatada y el banco en el que el chico se sentaba en la huerta, el banco que era de ellos. Pero dijo:

—¿No hay nada tuyo que quieras poner en una caja?

Él se volvió hacia las cajas y después otra vez hacia ella.

—¿Como qué?

—Cuando mi tía murió mi madre estuvo un año embalando sus cosas. No se puede dejar todo en manos de los demás.

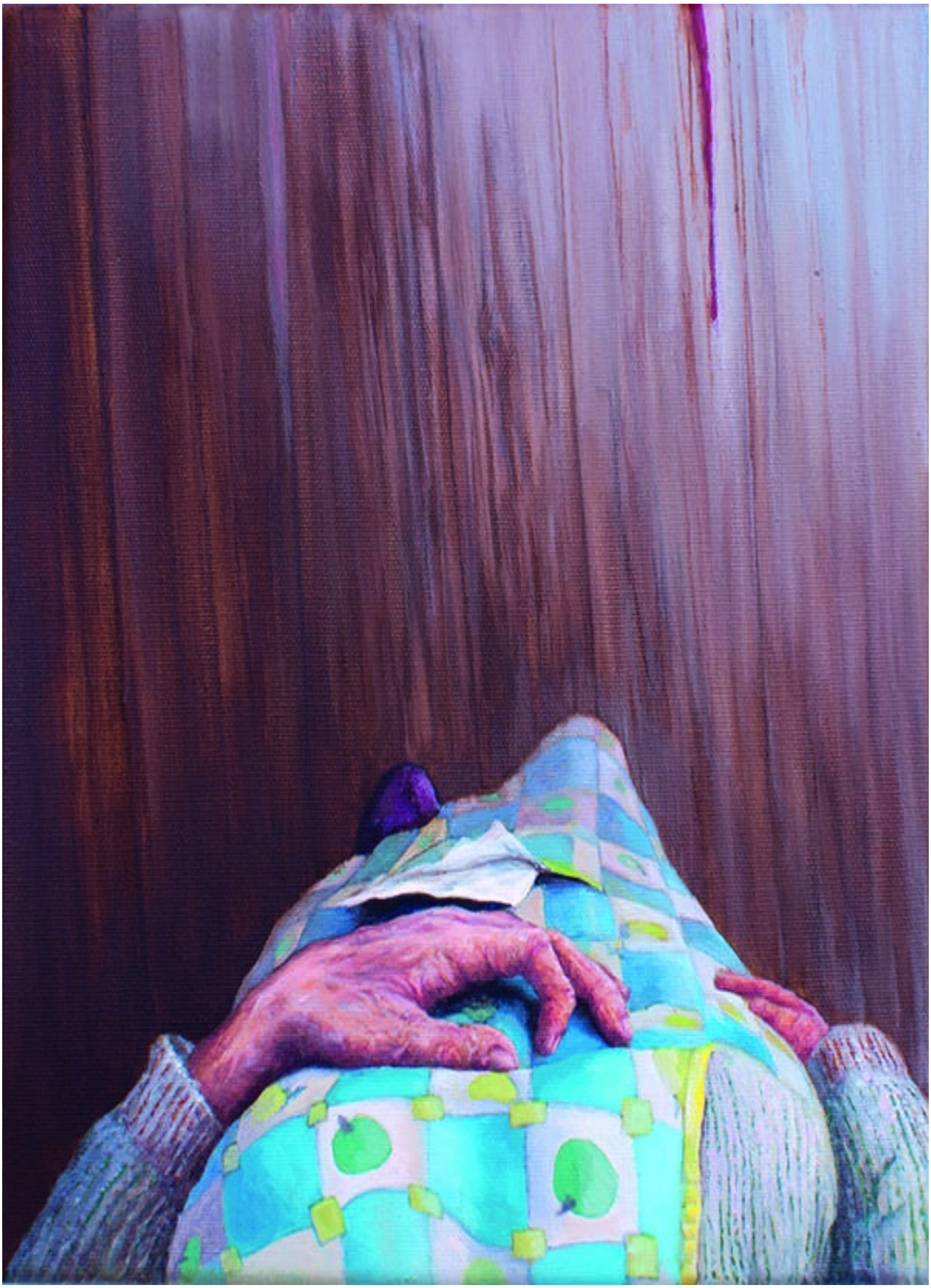
Él miró hacia la huerta y ella pensó que él podría no tener mucho más que eso y tuvo miedo de haberlo lastimado. Era posible que un hombre como él no tuviera suficientes cosas para llenar una caja.

—¿Creés que le haya pasado algo? —dijo él sin quitar la vista de la huerta—. Algunas veces a esta hora se cruza para este lado.

Ella cerró los puños y enseguida los soltó, escondiendo el impulso. La herida latía en la palma de su mano. Ya estaba hecho: él lo había dicho. Finalmente había nombrado al chico, y de un modo tan distraído que ella no había podido

reaccionar de la manera adecuada. «Él y el chico». La noticia estaba implícita en su comentario, «no encuentran al chico». Él se había estado viendo con el chico, en la huerta, todo este tiempo. Lo había hecho sabiendo que ella lo sabía, y no había sido capaz de decirlo. Lo había puesto todo sobre la mesa, el cuerpo entero del chico que solo era de él y que le había ocultado hasta entonces. Aspiró profundamente y dejó que la respiración los envolviera. Tomó la cinta de embalar que había quedado sobre las cajas y se alejó rumbo a la cocina, juntando las fuerzas necesarias para lo que seguía.

Él estuvo haciendo cosas en la habitación y en el pasillo. Ella se metió en el escritorio y se ocupó de la última caja del placar. Pero los ruidos de él no eran los de siempre, ella podía escucharlos y suponer que estaba haciendo algo fuera de lo ordinario. Era preocupante y hubiera preferido asomarse y ver de qué se trataba. A él no le iba bien con las cosas de la casa, a menudo necesitaba algún tipo de orientación, pero había dicho lo del chico y ahora ella debía tomar distancia. Él debía entender que había actuado mal. Así que se contuvo. Lo dejó hacer, no le dijo nada cuando lo escuchó salir. Estuvo en la huerta el resto de la tarde y entró al anochecer. Ella lo vio volver con el banco y algunas herramientas y, como ya había encargado la cena, fue hasta el living para evitar cruzarse con él. Encendió el televisor y se sentó en el sillón a ver el noticiero mientras él guardaba las cosas en el garaje. Durmió un poco, después él entró. Escuchó la puerta del garaje y la de la cocina. Lo sintió detenerse a sus espaldas, a dos metros de ella, y así esperó a que él dijera algo, sin dejar de mirar el televisor. Ella estaba segura de que él querría decir algo, lo imaginó buscando las palabras, disculpándose. Le dio su tiempo. Pensó en sacar del bolsillo la lista y darle una ojeada, pero un ruido nuevo la obligó a contener la respiración. El golpe fue sobre la madera del parqué. Un golpe sordo hecho de varios golpes. Giró y vio el cuerpo de él en el piso. Estaba doblado de un modo extraño, poco natural, como si algo interno lo hubiera desactivado repentinamente, sin dar tiempo al cuerpo a dejarse caer. Un momento después vio el hilo fino de sangre avanzando sobre el parqué.



Lola llamó a la mujer de la rotisería. La mujer de la rotisería envió una ambulancia y el conductor de la ambulancia, a pedido del médico, llamó a la policía. Se llevaron el cuerpo envuelto en una bolsa gris. Ella pidió ir con él en la ambulancia, pero los dos policías insistieron en que se quedara, la sentaron en su sillón y mientras uno de ellos le hacía preguntas y tomaba notas, el otro fue a la cocina a prepararle un té. Lola escuchó el interrogatorio en silencio, intercalado por los ruidos en la cocina, la pava en el fuego, las puertas de las alacenas abrirse y cerrarse. Se sentía cansada y, entrecerrando a veces los ojos, pensó algunas cosas. Estaba la chocolatada detrás de la sal y las especias. Estaba la posibilidad de que él todavía no hubiera regresado de la huerta, que los golpes de sus huesos fueran parte de algún recuerdo de la siesta de la tarde y que él aún estuviera a sus espaldas, esperando. Varias veces estuvo a punto de quedarse dormida, y no le importó el policía que repetía su nombre, ni el otro que estaba en la cocina. Pero escuchaba otra vez los huesos contra el suelo, a sus espaldas, y un dolor fuerte en el pecho la despabilaba, la obligaba a respirar. Entendió, con una lucidez rencorosa, que esto la mantendría viva para siempre. Que él se había muerto en sus narices, sin ningún esfuerzo, y la había dejado sola con la casa y las cajas. La había dejado para siempre, después de todo lo que ella había hecho por él. Le había dicho lo del chico y se había ido a la tumba con todo dentro. Ahora ella no tenía ni para quién morirse. Soltó su respiración cavernaria, honda y áspera en el living, y el policía dejó de hablar y la miró preocupado. El otro estaba a un lado, sosteniendo la taza de té. Insistieron en que no podía quedarse sola y Lola entendió que debía pensar un momento, volver a la realidad para sacar de la casa a esos dos hombres. Respiró evitando el ruido, llevando otra vez todo hacia adentro. Inventó que había una señora que los cuidaba, y que iría al día siguiente a primera hora. Dijo que necesitaba dormir. Los policías salieron. Ella fue hasta la cocina a buscar el banco que él solía poner junto a la pileta, cuando ella lavaba. Era el único mueble que era capaz de mover por su cuenta. Lo llevó hasta el living y lo puso contra la pared, cerca de donde él se había caído. Se sentó y esperó. La policía había hecho a un lado los muebles y había limpiado. Frente a ella, el piso era una zona húmeda y vacía, brillante como una pista de hielo.

Cuando empezó a oscurecer, la espalda le dolía y un hormigueo fuerte le trepaba por las piernas. Sacó las manos de los bolsillos y se encontró con la lista. La lista decía:

Clasificarlo todo.

Donar lo prescindible.

Embalar lo importante.

Concentrarse en la muerte.

Si él se entromete, ignorarlo.

Entendió que algunas cosas cambiarían, y que no sabría qué decisiones tomar, pero que, injustamente, su respiración seguiría ahí llenándole los pulmones. Intentó enderezar el cuerpo, comprobar que todavía respondiera. La lista tenía diecisiete palabras y prestó especial atención a cada una de ellas. Después sacó su lápiz y tachó la última línea.

En algún momento de la noche cruzó hasta el cuarto para acostarse. Estaba por dormirse cuando sonó el timbre. Su cabeza funcionaba lentamente pero, a su tiempo, la alertó de que se trataba de algo distinto y peligroso. Se levantó, sosteniéndose del borde de la cama, y volvió al living sin encender las luces. Escuchó un golpe afuera y pensó otra vez en el ruido de los huesos. El agotamiento la atontaba, aliviaba el miedo. Espió por la mirilla de la puerta principal. Tras la reja, una sombra oscura esperaba junto al portero. Era el chico. Se sostenía el brazo derecho con la mano izquierda, como si le doliera o estuviera lastimado. Volvió a tocar el timbre. Lola levantó el tubo del portero y respiró.

—Ábrame, por favor —dijo el chico—, ábrame.

Miraba hacia la esquina de su derecha, parecía sinceramente asustado.

—¿Dónde está la agujereadora? —dijo Lola—, ¿creés que él no se dio cuenta de que falta la agujereadora?

El chico volvió a mirar hacia la esquina.

—¿Puedo entrar al garaje? —hizo un ruido de dolor que a Lola le pareció fingido—, ¿puedo hablar con él?

Lola colgó el auricular y fue hasta el garaje lo más rápido que pudo. Su cuerpo, cargado de adrenalina, respondió a la altura de la circunstancias. Cerró con llave la puerta que daba al jardín trasero, y trabó las ventanas. Después fue hasta el cuarto y trabó también las ventanas del cuarto. El timbre volvió a sonar una vez, y otra, y otra. Y después no sonó más.

La policía la llamó a la mañana siguiente. Un muchacho de administración tenía la orden de chequear que todo estuviera bien. Le pidió disculpas cuando entendió que la había despertado. Dijo que el cuerpo de él estaba en la morgue y que se lo entregarían esa misma tarde. Si quería, podía contratar un servicio de velorio para la mañana del sábado y ellos llevarían el cuerpo hasta ahí. Lola cortó y fue hasta la cocina. Abrió la heladera y la volvió a cerrar. Vio que era la hora del programa del doctor Petterson, y fue hasta el living y se sentó, pero no tuvo fuerzas para encender el televisor.

Él había dejado una caja. Lola la encontró en el garaje, en el piso, frente a la puerta que da a la huerta y de cara a las otras cajas, las de ella. Era más chica que las otras. Demasiado liviana para contener la colección de la National Geographic y demasiado pesada para una llave fija o una caja de chocolate en polvo. La llevó al living y la puso sobre la mesa, junto a su lista. Pegada al frente, con mucha prolijidad, había una etiqueta de las que ella usaba para catalogar las cosas. El nombre de él estaba escrito en el primer renglón y ella lo leyó en voz alta.

Casi todo se había echado a perder. En el huerto, podía verlo desde el cuarto, solo quedaban los tomates y los limones. En el jardín delantero las alegrías del hogar, los farolitos chinos y las azaleas ya no podrían recuperarse. El correo estaba en el buzón junto a la reja de entrada, pero nadie lo traía hasta la casa. Se habían acabado los yogures, las galletas, las latas de atún, los paquetes de fideos. Había un cartel en el primer cajón del escritorio que decía acá está el dinero. Había otro idéntico en la mesa de luz de él, acá está el dinero, pero ese cajón se había estado abriendo casi una semana seguida, para el hombre de los sepelios —que se había ocupado de todo lo que había que ocuparse sin que ella tuviera que salir de la casa—, y para el chico de la rotisería, cada vez que traía algo de pollo. Así que ahora el cartel de ese cajón estaba tachado con el rotulador grueso. Había algunas bolsas de basura en la puerta de la casa, porque los basureros no saltaban la reja para llegar hasta ahí. El frío conservaría la basura, Lola contaba con eso. Tenía cosas urgentes que resolver y le había costado volver a concentrarse, recordar qué era lo verdaderamente importante, tomar algunas decisiones. Había escrito un nuevo ítem en su lista. Él está muerto. Se preguntó si esta anotación no debería ir en una lista aparte. Pero lo importante era qué debía ser recordado y qué no, y, en ese sentido, todos los ítems tenían un valor que los justificaba. Tener presente su muerte le ahorraba disgustos respecto al estado de ciertas cosas de la casa. Si se concentraba en ciertas cosas, si pasaba algunas horas de intensa clasificación y rotulación o más de lo aconsejado frente al televisor, levantaba un segundo la cabeza para escuchar sus ruidos, para localizarlo en la casa, para adivinar qué era lo que él podría estar haciendo.

Una noche, sentada frente al televisor, sintió ruidos en el baño. Parecían piedras contra el vidrio de la ventana. ¿No había escuchado ya ese ruido? Por alguna razón recordó la ligustrina que separaba su jardín del de la mujer. Recordó la zanja. Hubo más ruidos, por unos segundos se repitieron con insistencia y Lola estuvo a punto de dejarse distraer otra vez, pero un nuevo presentimiento le recordó lo importante. Lo sintió en el cuerpo, una advertencia física que la puso en alerta. Bajó el volumen del televisor. Con una mano sobre las rodillas, y otra contra el respaldo del sillón, despegó su peso inclinándose hacia el centro del living. Ya estaba de pie. Fue hasta el garaje y encendió la luz. Las dos lámparas grandes del techo iluminaron las cajas. El coche había quedado afuera, desde la última vez que él lo usó, y ahora casi todo estaba en cajas. Las vio todas juntas, como si nunca antes hubiera tomado conciencia de las dimensiones de su trabajo. Pensó en los muebles entre los que acababa de caminar y entendió que estarían prácticamente vacíos. Miró la mesada de trabajo que tenía a sus espaldas, antes repleta de frascos de clavos, de sogas, cables y herramientas, y descubrió que ya se había ocupado también de eso. Supo cuándo lo había hecho y cómo lo había hecho, pero por un momento la asustó pensar que alguien más podía estar ocupándose del embalaje. Entonces recordó que otras veces había pensando en ordenar las cosas del garaje, había ido hasta ahí y había descubierto que ya lo había hecho. Que había abierto las puertas del mueble del baño y se había asustado al ver que estaba vacío, y también al encontrar la basura en la puerta, y la huerta deshecha. Su respiración se agitó pero se concentró en mantener la calma. Sobre el resto de las cajas vio una un poco más pequeña, una caja claramente distinta. Ella nunca cruzaría la cinta de ese modo, sin acompañar los pliegues de lado a lado para que el cartón no se abriera si llevaba demasiado peso. Se acercó. Una etiqueta, de esas que ella misma usaba para rotular, llevaba el nombre de él. Y entonces también lo recordó. Recordó que él estaba muerto, y que él había armado esa caja. Así encontró el otro cartel, más abajo, uno con la letra de ella que decía «no abrir». Pero no recordó si lo había abierto ya o no, y si acaso eso no sería una advertencia. Quizá habría mucho más que ella no estuviera recordando. Además de la lista tendría que anotar otras cosas, cosas nuevas que no debía olvidar. Fue hasta la cocina por su anotador, lo encontró donde esperaba y eso estaba bien. A punto de regresar al garaje se detuvo. Había un cartel pegado en la heladera: una hoja de cuaderno que decía «Me llamo Lola, esta es mi casa». Era su letra. Escuchó un ruido áspero y fantasmal, temblando en su cuerpo, y reconoció que era su propia respiración. Se sostuvo de la mesada de la cocina y fue así hasta el banco que usaba para lavar los platos, frente a la

ventana. Vio el coche estacionado afuera y el árbol del jardín delantero. Pensó si acaso un segundo antes el tronco no estaba hinchándose, si el chico no estaría agazapado detrás, listo para entrar a la casa en cuanto ella se distrajera. Frente al peligro, se dio cuenta de que ella seguía ahí, cuidando de todas las cosas, a cargo de la casa, las compras, la basura, a cargo de todo lo que había sobre el mundo mientras él dormía en la habitación de al lado.

¿Qué era lo importante? Tenía hambre, pero lo olvidó enseguida. Fue hasta el garaje, volvió al living, se sentó en el sillón de él. Levantó del piso dos National Geographic, se preguntó qué harían ahí. Escuchó golpes en la puerta: había alguien del otro lado, tal vez ya habían tocado antes. Conservó las revistas para que le recordaran qué estaba haciendo y fue a atender. Era la mujer de al lado. Lola volvió a impresionarse al ver esas ojeras tan grises. La mujer quería preguntarle si estaba bien. Lola necesitó un momento para pensar qué responder, y después fue como volver todos esos días atrás. Recordó al chico. Recordó que él pasaba la tarde entera con el chico. Lo que pasó en la rotisería, y que el chico había desaparecido. Así se acordó también de las cajas y de que se quería morir, hacía años, y de que todavía estaba viva, viva incluso sin él.

—¿Necesita algo? —preguntó la mujer.

Lola se había encorvado un poco llevando las manos hacia su pecho, pero levantó de inmediato la mirada.

—Estoy enferma —dijo—, pronto me voy a morir.

—Ya veo —dijo la mujer.

Se quedaron un momento en silencio. Después la mujer dio un paso hacia la calle y se volvió otra vez hacia Lola:

—Las cajas que me ofreció… ¿Todavía las tiene?

—Las cajas…

Lola pensó en las cajas, en si le sobraban cajas —no le sobraban—, en qué sería conveniente hacer en ese momento. Pensó que si las cajas eran para que la mujer se mudara —cosa que sería muy conveniente— podría vaciar algunas de las que ya estaban armadas y pedirle que se las regresara más adelante, pero la mujer parecía quererlas para otra cosa, y si era así querría conservarlas, o donarlas, o incluso quemarlas, pero de ninguna forma se trataría de cajas que ella volvería a ver.

—¿Para qué necesita las cajas? —preguntó Lola.

—Quiero guardar las cosas que quedaron de mi hijo.

—¿Ya no vive con usted?

—Lola, mi hijo está muerto, ya se lo dije demasiadas veces.

Algo se desanudó y se expandió, Lola pudo sentirlo dentro, cerca de su esófago, como una pastilla atorada en la garganta que al fin se disuelve. Pensó en la chocolatada, en el banco que había quedado abierto en la huerta de él, sobre la hojarasca. Después vio las National Geographic colgando de su mano derecha y se preguntó si acaso él habría vuelto a desordenar las revistas, si otra vez ella estaría a cargo de su dejadez y su desorden.

—Lo encontraron en la zanja —dijo la mujer, y Lola se preguntó por qué la mujer la miraba de esa forma—. ¿De verdad no escuchó nada? ¿Ni a la policía?

Si daba un paso adelante Lola tendría que dar uno atrás y entonces ambas estarían dentro de la casa. Era una situación peligrosa.

—Alguien llamó a la policía para avisar que mi hijo estuvo horas en esa zanja, pero ya era tarde.

Lola metió la mano libre en su bolsillo y acarició el papel gastado de su lista. Intuía claramente que había hecho nuevas anotaciones, pero no recordaba de qué se trataban y le parecía descortés revisarlo en ese momento.

—Y yo creo que fue usted —dijo la mujer.

Lola esperó. La miró con desconfianza.

—¿A qué se refiere?

—Usted vio a mi hijo en la zanja.

—¿Quién es usted?

—No sabe quién soy, pero de las cajas siempre se acuerda.

Lola acarició el papel en su bolsillo, realmente necesitaba leer su lista.

—No puedo prestarle las cajas, están todas ocupadas. —Lola se preguntó con

qué estarían llenas las cajas y lo recordó al momento. Entonces se acordó de él —: Dios santo, él está muerto...

—Así es, y creo que fue usted la que avisó a la policía.

Esto volvió a confundir a Lola.

—Lo siento, no entiendo de qué me está hablando.

Lola sacó la lista —no pudo evitarlo—, la abrió y la leyó para sí misma. La lista decía:

Tirar las cosas rotas.

Embalar lo importante.

Concentrarse en la muerte.

Él está muerto.

La mujer dio un paso adelante, ella uno hacia atrás y ya estaban dentro de la casa. Lola la empujó, fue un movimiento instintivo y la mujer pisó hacia atrás más allá del escalón y casi tropezó con el envión que la dejó sobre el camino, dos escalones más abajo. Lola cerró la puerta, puso la traba y esperó. Esperó un minuto, atenta al silencio y a la manija de la puerta, y luego esperó un minuto más. No pasó nada. Dos minutos es mucho tiempo, le dolieron las rodillas y los tobillos, la espalda se resintió, pero esperó. Juntó fuerzas, espió por la mirilla y la mujer ya no estaba. Buscó su lapicera y agregó al final de su lista:

La mujer de al lado es peligrosa.

Después leyó la lista nuevamente. Había muchas cosas importantes y los dos primeros ítems ya no estaban a la altura. Los tachó. Escribió algo más al final. Ahora la lista decía:

Concentrarse en la muerte.

Él está muerto.

La mujer de al lado es peligrosa.

Si no lo recuerdas, espera.

La despertó un ruido pero no abrió los ojos y se dijo que había hecho bien. Porque ya no se trataba del intruso, ni de las rejas del frente. El ruido fue cercano y sutil, dentro del cuarto. Si abría los ojos, se dijo a sí misma, podría tener que enfrentar algo terrible. Se concentró en controlar los párpados. Estaba lista para la muerte, qué alivio sería si solo se hubiera tratado de la muerte, no quería sufrir, no quería que la lastimaran, y otra vez el ruido sobre la madera del piso, inconfundiblemente humano. ¿Sería él? No, se dijo en silencio. Él estaba muerto. Abrió los ojos. El chico estaba parado a los pies de la cama. No podía verle la cara, solo su contorno oscuro. Quería preguntarle cómo había entrado, pero se dio cuenta de que no podía hablar y se preguntó si sería porque estaba asustada o porque el chico le habría hecho algo, algo que le impedía hablar o gritar. Despacio, sosteniéndose el brazo, el chico se sentó al borde de la cama. Lola tuvo que correr los pies y encoger las piernas para no tocarlo. Vio al chico más flaco, más pálido. Cuando la miró, la cara estaba oscura por completo, y ya no pudo adivinar ningún otro gesto. ¿Dónde estaba él cada vez que el chico intentaba asustarla? Lola no hizo nada cuando el chico se incorporó y se alejó hacia la cocina. Siguió sus ruidos. Lo escuchó tropezar al caminar, dos veces se golpeó contra los muebles. Abrió las puertas de la alacena, una tras otra hasta que, tras un último portazo, todo quedó en silencio. ¿Habría encontrado la chocolatada?

Podía ver las vetas de la madera. Cerró los ojos y volvió a abrirlos. Estaba acostada en el piso del living. ¿Qué hacía en el suelo? Palpó el bolsillo del delantal para verificar que llevaba su lista, pero no la encontró. Le dolía el lado del cuerpo sobre el que estaba acostada. Se levantó despacio, controlando que sus piernas funcionaran correctamente. Los dolores usuales seguían ahí. Fue hacia la cocina. Había bolsas de basura en el pasillo, apoyadas sobre las repisas vacías. Cruzó la cocina y entró al garaje. Había más cajas de las que recordaba y pensó que tal vez él había estado embalando cosas a sus espaldas. Llevó sus manos a los bolsillos y así descubrió en sus dedos las gasas. Sacó las manos para mirárselas. Las gasas envolvían el dedo índice, el pulgar de la mano derecha y la muñeca entera de la izquierda. Todo estaba teñido de un rojo ya seco. Tenía hambre y regresó a la cocina. Sobre las canillas un cartel decía «Girar a la derecha para abrir, girar a la izquierda para cerrar», a un lado otro cartel decía «izquierda», y en la otra punta otro cartel decía «derecha». La leche estaba afuera, sobre la cocina, el cartel de la leche decía «guardar en la heladera». Había una lista un poco más allá, pero no era su lista, su lista de cosas

importantes. Esta lista decía «es necesario poner el sachet de leche en un bol para que la leche no se desparrame». No estaba segura de si quedaría todavía algo de leche, así que no siguió leyendo y la tiró a la basura. Entonces oyó algo ronco a sus espaldas. Silencioso pero perceptible para ella, que estaba alerta y conocía su espacio. Volvió a sentirlo, esta vez desde el techo, y a sentirlo otra vez, mucho más cerca, rodeándola por completo. Iba y venía, como un ronquido áspero y profundo, como la respiración de un gran animal dentro de la casa. Miró el techo y las paredes, se asomó a la ventana. Después se habló a sí misma, se recordó que ya había escuchado ese ruido y que eso la retrasaba más y más en lo que debía hacer. Se dijo que no podía permitirse más distracciones. ¿Qué era lo que tenía que hacer?

Los tres espejos de la casa estaban rotos, los vidrios astillados desparramados en el piso, más vidrios contra las paredes, barridos desprolijamente. Estaba segura de que había sido el chico. Ese chico, que era el chico de él, se había llevado toda la comida de la alacena y estaba rompiéndolo todo. ¿Se habría llevado también la chocolatada? Se incorporó en la cama. Algo olía muy mal, ácido y viejo. Se puso las medias y se calzó. Entonces volvió a escucharlo: estaba otra vez en la casa, robando, rompiendo, comiendo. Se incorporó —estaba furiosa, ya no lo soportaba más—, y salió de la habitación atándose el salto de cama. Fue hacia la salida. El cartel de la puerta decía «No olvidar las llaves», así que las agarró y salió. La sorprendió la luz del atardecer, estaba segura de que era la mañana, pero se dijo a sí misma que ahora debía concentrarse en esta nueva idea. Esquivó la basura, cruzó los yuyos hasta su reja, que estaba abierta, y salió a la vereda. Vaciló, se miró los pies, las sandalias húmedas, después retomó el camino hasta la puerta de la casa de la mujer y tocó el timbre. Todo sucedió muy rápido. No hubo dolor, ni complicaciones respiratorias y, cuando la mujer atendió, Lola no supo muy bien si estaba haciendo lo correcto.

—Buenos días —dijo Lola.

La mujer se quedó mirándola. Estaba tan flaca y tan pálida, era tan evidente que era una mujer enferma, o drogadicta, que a Lola le preocupó las consecuencias de lo que tenía que decirle.

—Su hijo me está robando.

Y tenía esas terribles ojeras.

—Vació todas las alacenas.

Algo brilló en el fondo de los ojos de la mujer y sus facciones se endurecieron aún más. Tomó aire, más aire del que una mujer tan menuda podría necesitar y entornó la puerta tras de sí, como si Lola tuviera alguna intención de entrar a esa casa.

—Señora…

—Y no es la primera vez que lo hace.

—Mi hijo está muerto.

La voz sonó fría y metálica, parecida a la de un contestador automático y Lola se preguntó cómo la gente podía decir cosas así sin ningún tipo de escrúpulo.

—Su hijo está viviendo en el fondo de mi casa, y está rompiendo todos mis espejos —habló con voz firme y fuerte y no se arrepintió de hacerlo.

La mujer dio un paso hacia atrás y se apretó la sien con los puños cerrados.

—No puedo más con usted. No puedo —dijo la mujer.

Lola se llevó las manos a los bolsillos, sabía que había algo importante que buscar pero no podía recordar qué.

—Tiene que calmarse —dijo Lola.

La mujer asintió. Respiró y bajó los puños.

—Lola —dijo la mujer.

¿Cómo sabía su nombre esa mujer?

—Lola, mi hijo está muerto. Y usted está enferma. —Dio un paso más hacia atrás que a Lola le pareció de borracha, o de alguien que ya no puede controlar sus nervios—. Usted está enferma, ¿entiende? Y toca el timbre de mi casa… —

los ojos se le llenaron de lágrimas— todo el tiempo.

La mujer tocó el timbre de su propia casa dos veces, el ruido era molesto y se escuchó sobre sus cabezas.

—Todo el tiempo toca y toca —volvió a tocar tan fuerte que el dedo se dobló sobre el timbre, y todavía una vez más, con violencia—, para decirme que mi hijo está vivo en el fondo de su casa —su tono de voz subió abruptamente—. Mi hijo, el hijo que enterré con mis propias manos porque usted es una vieja estúpida que no avisó a tiempo a la policía.

Empujó a Lola hacia atrás y cerró de un portazo. Lola la escuchó llorar detrás de la puerta. Gritar alejándose. Otro golpe fuerte más al fondo de la casa. Se quedó mirándose las sandalias. Estaban tan húmedas que dejaban algo de huella sobre el cemento. Dio algunos pasos para comprobarlo, miró el cielo y se dio cuenta de que el programa del doctor Petterson estaría por empezar, pero entonces se acordó por qué había ido hasta ahí, subió los dos escalones hasta la puerta y toco el timbre. Esperó. Prestó atención y llegó a escuchar ruidos en el fondo de la casa. Volvió a mirar sus sandalias, que estaban mojadas y entonces recordó otra vez que el programa del doctor Petterson estaría por empezar y bajó los escalones despacio, muy despacio, calculando la estrategia que le permitiría regresar a su casa lo más pronto posible sin que la respiración se agitara en sus pulmones.

Pero Lola recordaba perfectamente el incidente del supermercado. Buscaba un producto nuevo en la zona de enlatados. Hacía calor, porque los empleados de ese supermercado no operaban bien el aire acondicionado. Se acuerda de los precios, diez pesos con noventa, por ejemplo, salía la lata de atún que tenía en la mano cuando unas ganas incontenibles de ir al baño presionaron su vejiga. Ahí fue que vio a la mujer, un poco más allá, cerca de los lácteos, concentrada en los yogures. Rondaba los cuarenta años y era demasiado robusta, tanto que Lola no pudo evitar pensar en qué tipo de pareja conseguiría una mujer como esa y también que, si ella hubiera sido así a esa edad, hubiera encontrado la forma de bajar un poco de peso. Su vejiga volvió a presionar, esta vez un poco más fuerte de lo normal, y Lola entendió que ya no era una necesidad contenible sino una urgencia. Una nueva presión la asustó y soltó la lata de atún, que golpeó contra el piso. Vio a la mujer volverse hacia ella. Temió que algo de pis se le hubiera escapado, le dio asco y tragó. A ella no le pasaban esas cosas, así que sintió la humedad y se dijo que serían apenas unas gotas, que no se notaría en la pollera

que llevaba. Fue exactamente ahí que lo vio, estaba sentado en el changuito de la mujer, mirándola. Tardó en reconocerlo, por un segundo fue solo un chico normal, un chico de unos dos o tres años sentado en la sillita del changuito. Hasta que vio sus ojos oscuros y brillantes mirándola, las manitos aferrarse al barral metálico, pequeñas pero fuertes, y tuvo la certeza de que se trataba de su hijo. La humedad cálida del pis copió parte de la forma de su bombacha. Dio dos pasos torpes hacia atrás y vio a la mujer acercarse hacia ella. Y todavía pasó algo más, algo que no pudo contarle a nadie, ni al médico del hospital ni a él. Algo que recuerda porque de ese día no se ha olvidado de nada. Vio su cara en la cara de la mujer, mirándola. No era un juego de espejos. Esa mujer era ella misma, treinta y cinco años atrás. Fue una certeza aterradora. Gorda y desarreglada, se vio acercarse a sí misma con idéntica repulsión.

El doctor Petterson seguía ahí, mirándola desde el televisor y mostrándole una lata de conservas. Ella estaba de pie, sosteniéndose de la mesa con una mano. Con la otra mano bajó el cierre de la falda para dejarla caer, pero estaba pegada al cuerpo y tuvo que empujarla hacia abajo para quitársela. El chico estaba sentado en el sillón de él. Lo vio solo entonces, y se miraron. Lola no supo qué pensaba el chico ni qué pensaba ella misma respecto al chico. Solo sabía que tenía muchísima hambre, y que ya no estaban en la heladera sus veinticuatro yogures de crema y durazno. Así que se acordó de la chocolatada, y se vio comiéndola a oscuras en la cocina, a cucharadas. ¿Habría sido ella, todo este tiempo? ¿Sería posible? ¿Él lo sabría? ¿Dónde estaba él? Escuchó un sonido grave, profundo. Tan grave que el suelo tembló bajo su cuerpo. Sonó otra vez, oscura y pesada dentro de ella. Era su respiración cavernaria, un gran monstruo prehistórico golpeándola dolorosamente desde el centro del cuerpo. Y sin embargo esto era lo que estaba buscando, se lo dijo a sí misma, intuitivamente. Apoyada contra la pared, se dejó caer hasta el piso. Se concentró en el dolor. Porque, si eso era la muerte, este era el golpe final que necesitaba para morir. Era todo lo que quería, lo que había deseado tantos años pero solo se había llevado él. Terminar. Su corazón se aceleró, golpeó su pecho y agitó al monstruo, las voces se apagaron, se dejó llevar, hundirse y perderse, alejarse del malestar. Vio una imagen muda. El recuerdo de una tarde calurosa en la quinta de sus abuelos, sosteniendo la falda de su vestido azul repleta de flores silvestres. Y otra imagen más, la primera vez que él cocinó para ella, la mesa puesta, el perfume dulce de la carne con ciruelas. Entonces Lola regresó a su cuerpo, y su cuerpo le regresó el dolor. Sintió en la carne el aire tajante subir y bajar. En sus pulmones, una punzada aguda llegó con su última revelación: no iba a morirse nunca, porque para morirse tenía que recordar el nombre de él, porque el nombre de él era también el nombre de su hijo, el nombre que estaba en la caja, a metros de ella. Pero el abismo se había abierto, y las palabras y las cosas se alejaban ahora a toda velocidad, con la luz, muy lejos ya de su cuerpo.

Los tres espejos de la casa estaban rotos, los vidrios astillados desparramados en el piso, más vidrios contra las paredes, barridos desprolijamente. Estaba segura de que había sido el chico. Ese chico, que era el chico de él, se había llevado toda la comida de la alacena y estaba rompiéndolo todo. ¿Se habría llevado también la chocolatada? Se incorporó en la cama. Algo olía muy mal, ácido y viejo. Se puso las medias y se calzó. Entonces volvió a escucharlo: estaba otra vez en la casa, robando, rompiendo, comiendo. Se incorporó —estaba furiosa, ya no lo soportaba más—, y salió de la habitación atándose el salto de cama. Fue hacia la salida. El cartel de la puerta decía «No olvidar las llaves», así que las agarró y salió. La sorprendió la luz del atardecer, estaba segura de que era la mañana, pero se dijo a sí misma que ahora debía concentrarse en esta nueva idea. Esquivó la basura, cruzó los yuyos hasta su reja, que estaba abierta, y salió a la vereda. Vaciló, se miró los pies, las sandalias húmedas, después retomó el camino hasta la puerta de la casa de la mujer y tocó el timbre. Todo sucedió muy rápido. No hubo dolor, ni complicaciones respiratorias y, cuando la mujer atendió, Lola no supo muy bien si estaba haciendo lo correcto.

—Buenos días —dijo Lola.

La mujer se quedó mirándola. Estaba tan flaca y tan pálida, era tan evidente que era una mujer enferma, o drogadicta, que a Lola le preocupó las consecuencias de lo que tenía que decirle.

—Su hijo me está robando.

Y tenía esas terribles ojeras.

—Vació todas las alacenas.

Algo brilló en el fondo de los ojos de la mujer y sus facciones se endurecieron aún más. Tomó aire, más aire del que una mujer tan menuda podría necesitar y entornó la puerta tras de sí, como si Lola tuviera alguna intención de entrar a esa casa.

—Señora…

—Y no es la primera vez que lo hace.

—Mi hijo está muerto.

La voz sonó fría y metálica, parecida a la de un contestador automático y Lola se preguntó cómo la gente podía decir cosas así sin ningún tipo de escrúpulo.

—Su hijo está viviendo en el fondo de mi casa, y está rompiendo todos mis espejos —habló con voz firme y fuerte y no se arrepintió de hacerlo.

La mujer dio un paso hacia atrás y se apretó la sien con los puños cerrados.

—No puedo más con usted. No puedo —dijo la mujer.

Lola se llevó las manos a los bolsillos, sabía que había algo importante que buscar pero no podía recordar qué.

—Tiene que calmarse —dijo Lola.

La mujer asintió. Respiró y bajó los puños.

—Lola —dijo la mujer.

¿Cómo sabía su nombre esa mujer?

—Lola, mi hijo está muerto. Y usted está enferma. —Dio un paso más hacia atrás que a Lola le pareció de borracha, o de alguien que ya no puede controlar sus nervios—. Usted está enferma, ¿entiende? Y toca el timbre de mi casa… —los ojos se le llenaron de lágrimas— todo el tiempo.

La mujer tocó el timbre de su propia casa dos veces, el ruido era molesto y se escuchó sobre sus cabezas.

—Todo el tiempo toca y toca —volvió a tocar tan fuerte que el dedo se dobló sobre el timbre, y todavía una vez más, con violencia—, para decirme que mi hijo está vivo en el fondo de su casa —su tono de voz subió abruptamente—. Mi hijo, el hijo que enterré con mis propias manos porque usted es una vieja estúpida que no avisó a tiempo a la policía.

Empujó a Lola hacia atrás y cerró de un portazo. Lola la escuchó llorar detrás de la puerta. Gritar alejándose. Otro golpe fuerte más al fondo de la casa. Se quedó mirándose las sandalias. Estaban tan húmedas que dejaban algo de huella sobre el cemento. Dio algunos pasos para comprobarlo, miró el cielo y se dio cuenta de que el programa del doctor Petterson estaría por empezar, pero entonces se

acordó por qué había ido hasta ahí, subió los dos escalones hasta la puerta y toco el timbre. Esperó. Prestó atención y llegó a escuchar ruidos en el fondo de la casa. Volvió a mirar sus sandalias, que estaban mojadas y entonces recordó otra vez que el programa del doctor Petterson estaría por empezar y bajó los escalones despacio, muy despacio, calculando la estrategia que le permitiría regresar a su casa lo más pronto posible sin que la respiración se agitara en sus pulmones.

Pero Lola recordaba perfectamente el incidente del supermercado. Buscaba un producto nuevo en la zona de enlatados. Hacía calor, porque los empleados de ese supermercado no operaban bien el aire acondicionado. Se acuerda de los precios, diez pesos con noventa, por ejemplo, salía la lata de atún que tenía en la mano cuando unas ganas incontenibles de ir al baño presionaron su vejiga. Ahí fue que vio a la mujer, un poco más allá, cerca de los lácteos, concentrada en los yogures. Rondaba los cuarenta años y era demasiado robusta, tanto que Lola no pudo evitar pensar en qué tipo de pareja conseguiría una mujer como esa y también que, si ella hubiera sido así a esa edad, hubiera encontrado la forma de bajar un poco de peso. Su vejiga volvió a presionar, esta vez un poco más fuerte de lo normal, y Lola entendió que ya no era una necesidad contenible sino una urgencia. Una nueva presión la asustó y soltó la lata de atún, que golpeó contra el piso. Vio a la mujer volverse hacia ella. Temió que algo de pis se le hubiera escapado, le dio asco y tragó. A ella no le pasaban esas cosas, así que sintió la humedad y se dijo que serían apenas unas gotas, que no se notaría en la pollera que llevaba. Fue exactamente ahí que lo vio, estaba sentado en el changuito de la mujer, mirándola. Tardó en reconocerlo, por un segundo fue solo un chico normal, un chico de unos dos o tres años sentado en la sillita del changuito. Hasta que vio sus ojos oscuros y brillantes mirándola, las manitos aferrarse al barral metálico, pequeñas pero fuertes, y tuvo la certeza de que se trataba de su hijo. La humedad cálida del pis copió parte de la forma de su bombacha. Dio dos pasos torpes hacia atrás y vio a la mujer acercarse hacia ella. Y todavía pasó algo más, algo que no pudo contarle a nadie, ni al médico del hospital ni a él. Algo que recuerda porque de ese día no se ha olvidado de nada. Vio su cara en la cara de la mujer, mirándola. No era un juego de espejos. Esa mujer era ella misma, treinta y cinco años atrás. Fue una certeza aterradora. Gorda y desarreglada, se vio acercarse a sí misma con idéntica repulsión.

El doctor Petterson seguía ahí, mirándola desde el televisor y mostrándole una lata de conservas. Ella estaba de pie, sosteniéndose de la mesa con una mano. Con la otra mano bajó el cierre de la falda para dejarla caer, pero estaba pegada

al cuerpo y tuvo que empujarla hacia abajo para quitársela. El chico estaba sentado en el sillón de él. Lo vio solo entonces, y se miraron. Lola no supo qué pensaba el chico ni qué pensaba ella misma respecto al chico. Solo sabía que tenía muchísima hambre, y que ya no estaban en la heladera sus veinticuatro yogures de crema y durazno. Así que se acordó de la chocolatada, y se vio comiéndola a oscuras en la cocina, a cucharadas. ¿Habría sido ella, todo este tiempo? ¿Sería posible? ¿Él lo sabría? ¿Dónde estaba él? Escuchó un sonido grave, profundo. Tan grave que el suelo tembló bajo su cuerpo. Sonó otra vez, oscura y pesada dentro de ella. Era su respiración cavernaria, un gran monstruo prehistórico golpeándola dolorosamente desde el centro del cuerpo. Y sin embargo esto era lo que estaba buscando, se lo dijo a sí misma, intuitivamente. Apoyada contra la pared, se dejó caer hasta el piso. Se concentró en el dolor. Porque, si eso era la muerte, este era el golpe final que necesitaba para morir. Era todo lo que quería, lo que había deseado tantos años pero solo se había llevado él. Terminar. Su corazón se aceleró, golpeó su pecho y agitó al monstruo, las voces se apagaron, se dejó llevar, hundirse y perderse, alejarse del malestar. Vio una imagen muda. El recuerdo de una tarde calurosa en la quinta de sus abuelos, sosteniendo la falda de su vestido azul repleta de flores silvestres. Y otra imagen más, la primera vez que él cocinó para ella, la mesa puesta, el perfume dulce de la carne con ciruelas. Entonces Lola regresó a su cuerpo, y su cuerpo le regresó el dolor. Sintió en la carne el aire tajante subir y bajar. En sus pulmones, una punzada aguda llegó con su última revelación: no iba a morirse nunca, porque para morirse tenía que recordar el nombre de él, porque el nombre de él era también el nombre de su hijo, el nombre que estaba en la caja, a metros de ella. Pero el abismo se había abierto, y las palabras y las cosas se alejaban ahora a toda velocidad, con la luz, muy lejos ya de su cuerpo.